



EL DIOS HUMEANTE

o

Un Viaje al Interior del Mundo

WILLIS GEORGE EMERSON

Con ilustraciones de
JOHN A. WILLIAMS

CHICAGO
FORBES & COMPANY
1908

Copyright, 1908.
By WILLIS GEORGE EMERSON

Traducido por Onésimo Miguel
Barcelona (España) Sept-2006

CONTENIDO

Capítulo

- Parte I..... **Prologo del autor**
- Parte II..... **Historia de Olaf Jansen**
- Parte III..... **Más allá del viento del norte**
- Parte IV..... **En el mundo de abajo**
- Parte V..... **Entre los bloques flotantes de hielo**
- Parte VI..... **Conclusión**
- Parte VII..... **Epílogo del autor**

ILUSTRACIONES

“Me dejaron sólo con el muerto.”

“Veintiocho años - largos, aburridos, espantosos años de sufrimiento.”

“A un barco más grande que nuestro pequeño balandro de pesca no le habría sido posible trazar su ruta entre los icebergs.”

“Por qué milagro escapamos, siendo raudos, a la destrucción, no lo sé.”

“Difícilmente se podría decir que se parecía al sol excepto por su forma circular.”

“Nos hablaron en una lengua extraña.”

“Nos llevaron ante el sumo sacerdote.”

“Debe haber habido quinientos de estos monstruos de garganta estruendosa.”

“Mi padre gritó: “¡Rompientes delante!”

“A menos de media milla había un barco ballenero.”

“Después de lo cual fui esposado.”

*Es el Dios que se sienta en el centro, en el ombligo de la tierra,
Y es el intérprete de la religión para toda la humanidad
(Platón)*

PARTE UNA

Prologo del autor

Temo que la historia aparentemente increíble que estoy a punto de relatar será considerada como el resultado de un intelecto distorsionado y, desarrollada por añadidura, posiblemente, por el encanto de revelar un misterio maravilloso, más que un registro veraz de las experiencias sin par relacionadas por un tal Olaf Jansen, cuya locura elocuente apeló tanto a mi imaginación que todo el pensamiento de una crítica analítica, eficazmente se ha disipado.

Marco Polo sin duda se revolvería en su tumba con esta historia insólita sobre la cual me han pedido que haga la crónica; una historia tan extraña como un cuento de Munchausen. Es también incongruente que yo, un incrédulo, sea el que redacte la historia de Olaf Jansen, cuyo nombre ahora se da a conocer por primera vez al mundo, pero de aquí en adelante se debería incluir como una de las personas notables de la tierra.

Confieso libremente que sus declaraciones no admiten un análisis racional, pero tengo que hacerlo desde el misterio profundo referente al gélido norte que por siglos ha demandado la atención de científicos y de profanos de igual modo.

No obstante muchas de ellas está en desacuerdo con los manuscritos cosmográficos del pasado, estas declaraciones llanas se pueden emplear como un registro de las cosas que Olaf Jansen afirma haber visto con sus propios ojos.

Centenares de veces me he preguntado si es posible que la geografía del mundo este incompleta, y que la narrativa

sorprendente de Olaf Jansen esté basada en hechos demostrables. El lector puede ser capaz de contestar a estos interrogantes a su propia satisfacción, no obstante lejos está el cronista de esta narrativa de poder alcanzar una convicción. A veces incluso yo estoy perplejo por saber si he sido conducido lejos desde una verdad abstracta por los ignes fatui (fuegos fatuos) de una astuta superstición, o sí hasta ahora he aceptado los hechos tal cual son, después de todo, fundados sobre falsedad..

Puede ser que el verdadero hogar de Apolo no estuviera en Delfi, sino en ese legendario centro de la tierra de el cual Platón habla y donde dice: El “hogar verdadero de Apolo está entre el Hiperbóreanos, en una tierra de vida perpetua, en donde la mitología nos dice que dos palomas que vuelan desde los dos extremos opuestos del mundo se encuentran en esta región bella, el hogar de Apolo. De hecho, según Hecataeus, Leto, la madre de Apolo, nació en una isla en el océano ártico más allá del viento del norte.”

No es mi intención instigar una discusión sobre teogonía de las deidades ni sobre las cosmogonías del mundo. Mi deber simple es aclarar al mundo lo relacionado con una hasta ahora, desconocida porción del universo, como fue vista y descrita por el viejo vikingo, Olaf Jansen.

El interés en la investigación del norte es internacional. Once naciones están comprometidas en, o han contribuido a el trabajo peligroso de intentar resolver un permanente misterio cosmológico de la tierra.

Hay un refrán, tan antiguo como las colinas, que dice que la “verdad supera a la ficción,” y de la manera más sorprendente este axioma me lo he traído a casa en la última quincena.

Era apenas las dos de la mañana cuando el sonido vigoroso de mi timbre me despertó de un sueño apacible. El intempestivo perturbador resultó ser un mensajero que llevaba una nota,

garabateada y casi ilegible, de un viejo vikingo llamado Olaf Jansen. Después de mucho interpretar, descifré la escritura que decía simplemente: “Enfermedad de muerte. ¡Ven!.” La llamada era imperativa, y no perdí ningún momento en hacer preparativos para cumplirla.

Quizás también puedo explicar aquí que Olaf Jansen, un hombre que celebró muy recientemente su nonagésimo quinto cumpleaños, durante la última media docena de años ha estado viviendo solo de una manera modesta en un bungalow fuera de la ruta de Glendale, a poca distancia del distrito comercial de Los Ángeles, en California.

Fue hace menos de dos años, mientras paseaba una tarde, que fui atraído por la casa de Olaf Jansen y sus alrededores hogareños, y por su dueño e inquilino, quien después llegué a conocer como un partidario del antiquísimo culto a Odin y a Thor.

Había delicadeza en su cara, y una expresión de amabilidad en los ojos grises e intensamente alerta, de este hombre que habían vivido más de noventa años; y, además, una percepción de soledad que apeló a mi simpatía. Encorvado ligeramente, y con sus manos cogidas detrás de él, él caminó hacia adelante y luego hacia atrás con la pisada lenta y medida, ese primer día que nos encontramos. Apenas puedo decir qué motivo particular me impulsó para detenerme brevemente en mi caminata y atraerlo a la conversación. Él parecía complacido cuando le hice participe de lo atractivo que era su bungalow, y de las bien atendidas vides y flores que se arracimaban en profusión sobre sus ventanas, azotea y su extensa piazza (plaza).

Pronto descubrí que mi nuevo conocido no era ninguna persona ordinaria, sino profunda y docta en grado notable; un hombre que, en los últimos años de su vida, había buceado profundamente en los libros y se había hecho fuerte con el poder de la meditación silenciosa.

Le animé a que hablara, y pronto averigüé que llevaba sólo seis o siete años residiendo en la California meridional, pero había pasado la docena años anteriores en uno de los estados del medio oriente. Antes había sido un pescador lejos de la costa de Noruega, en la región de las islas de Lofoden, desde dónde había hecho viajes aún más lejanos a Spitzbergen e incluso a la Tierra de Francisco José.

Cuando comencé a despedirme, él parecía renuente a dejarme ir, y me preguntó si vendría de nuevo. Aunque en aquel entonces no pensé nada sobre ello, recuerdo ahora que me hizo una observación peculiar mientras extendía mi mano para despedirme educadamente. “¿Volverá?” preguntó. “Sí, vendrás otra vez, un cierto día. Estoy seguro que lo harás; y te mostraré mi biblioteca y te contaré muchas cosas con las cuales nunca has soñado, cosas tan maravillosas que puede ser que no me creerás.”

Yo alegremente le aseguré que no sólo vendría otra vez, sino que estaría preparado para creer lo que pueda elegir contarme de sus viajes y aventuras.

En los siguientes días me familiarice con Olaf Jansen, y, poco a poco, me contó su historia, tan maravillosa, que es muy osado cuestionar su razón y creencia. El viejo vikingo se expresó siempre con tanta seriedad y sinceridad que llegué a estar cautivado por sus extrañas narraciones.

Entonces llegó la llamada del mensajero aquella noche, y en una hora yo estaba dentro del bungalow de Olaf Jansen.

Él estaba muy impaciente por la larga espera, aunque después de ser convocado yo había venido inmediatamente a la cabecera de su cama.

“Debo apresurarme,” exclamó, mientras sostenía mi mano por el intercambio de saludos. “Tengo mucho que contarte que no sabes, y no se lo confiaría a nadie excepto a ti. Tengo la plena certeza, el continuaba apresuradamente, que no sobreviviré a

esta noche. “Ha llegado el momento de unirme a mis padres en el gran sueño.”

Ajusté las almohadas para que estuviera más cómodo, y le aseguré que estaba contento de poder servirlo de cualquier manera posible, porque comenzaba a darme cuenta de la seriedad de su condición.

Lo tardío de la hora, la calma de los alrededores, la sensación extraña de estar solo con aquel hombre que moría, junto con su historia fantástica, todo se combinó para hacer que mi corazón latiera rápido y ruidosamente con una sensación para la cual no tengo ningún nombre. De hecho, hubo muchas veces que por la noche en el sofá del viejo vikingo, y ha habido muchas veces desde entonces que, una sensación en lugar de una convicción tomó la posesión de mi propia alma, y me parecía no sólo creer en ello, sino ver realmente, las tierras extrañas, la gente extraña y el mundo extraño de los cuales habló, y oír el estribillo de una orquesta poderosa de mil voces vigorosas.

Durante más de dos horas él pareció dotado de fuerza casi sobrehumana, hablando rápidamente, y en todos los aspectos, racionalmente. Finalmente puso en mis manos ciertos datos, dibujos y mapas toscos. “Éstos,” dijo como epílogo, “lo dejo en tus manos. Si puedo obtener tu promesa de darlos al mundo, moriré feliz, porque deseo que la gente pueda conocer la verdad, porque entonces todo el misterio referente a las gélidas tierras del norte será explicado. No hay riesgo de que padezcas la fatalidad que yo sufrí. No te esposarán, ni te enviarán al manicomio, porque no estás contando tu propia historia, sino la mía, y, yo gracias a los dioses, Odin y Thor, estaré en mi sepulcro, más allá del alcance de los incrédulos que me perseguirían.”

Sin un pensamiento de las consecuencias de largo alcance que la promesa implicaba, o sin vislumbrar las muchas noches sin poder dormir que la obligación desde entonces me aportaría, le

di mi mano con la promesa de cumplir fielmente su postrero deseo.

Mientras el sol se encumbró sobre los picos de San Jacinto, lejos en dirección al este, el espíritu de Olaf Jansen, el navegador, el explorador y el devoto de Odin y Thor, el hombre cuyas experiencias y viajes no tienen parangón en la historia del mundo, paso a mejor vida, y yo me quede solo con la muerte.

Y ahora, después de haber pagado las últimas tristes exequias a este hombre extraño de las islas de Lofoden, y el aún más lejano Norte, el explorador valeroso de las regiones congeladas, que en sus años de declive (después de que había pasado los ochenta) había buscado un asilo apacible de paz dentro de la soleada California, yo, me encargaré de hacer pública su historia.

Pero, antes de nada, permitidme entregarme a una o dos reflexiones:

Generación tras generación, desde el brumoso pasado se transmiten las tradiciones de padre a hijo, pero por alguna extraña razón, el interés por las regiones heladas desconocidas no disminuye en los años que retroceden, ni en las mentes del ignorante o del tutelado.

Con cada nueva generación un incansable impulso agita los corazones de los hombres para capturar la ciudadela velada del ártico, el círculo del silencio, la tierra de glaciares, los fríos derroches de aguas y vientos que son extrañamente cálidos. Un aumento de interés se manifiesta en los icebergs montañosos, y especulaciones maravillosas se ocupan de todo lo concerniente al centro de gravedad de la tierra, la cuna de las mareas, donde las ballenas tienen sus criaderos, donde la aguja magnética se vuelve loca, donde la Aurora Boreal ilumina la noche, y donde los espíritus audaces y valerosos de cada generación se atreven a aventurar y a explorar, desafiando los peligros del “norte más distante.”

Uno de los trabajos más competentes de años recientes es “Paraíso Encontrado, o la Cuna de la Raza Humana en el Polo Norte,” por Guillermo F. Warren. En su volumen cuidadosamente preparado, Sr. Warren casi tropezó con la verdad real, pero lo faltó aparentemente solo un pelo, si la revelación del viejo vikingo era verdad.

El Dr. Orville Livingston Leech, científico, en un artículo reciente, dice:

“Las posibilidades de que haya territorios en el interior de la tierra, primero fueron traídas a mi atención cuando tomé un geoide en las orillas de los Grandes Lagos. El geoide es una piedra esférica y al parecer sólida, pero cuando se quiebra encontramos que esta hueco y revestido de cristales. La tierra es solamente una forma grande de un geoide, y la ley que creó el geoide en su estructura hueco indudablemente formó la tierra de la misma forma.”

En la presentación del tema de esta historia casi increíble, tal como lo contó Olaf Jansen, completada por el manuscrito, los mapas y los dibujos toscos confiados a mí, una introducción apropiada se encuentra en la cita siguiente:

“En el principio Dios creó el cielo y la tierra, y la tierra estaba sin forma y vacía.” Y también, “Dios creó al hombre a su propia imagen.” Por lo tanto, incluso en las cosas materiales, el hombre debe ser divino, porque él es semejante al padre.

Un hombre construye una casa para él y su familia. Los pórticos o las terrazas están todos fuera, y son secundarios. El edificio realmente se construye para las comodidades internas.

Olaf Jansen hace un sorprendente anuncio a través de mí, un instrumento humilde, de que, en cierta manera, dios creó la tierra para “lo de dentro” que es como decir, para sus tierras, mares, ríos, montañas, bosques y valles, y para sus otras conveniencias internas, mientras que la superficie exterior de la tierra es

simplemente el mirador, el pórtico, donde las cosas crecen en comparación más escasamente, como el liquen en el costado de la montaña, aferrándose resuelto para una existencia mínima.

Toma una cáscara de huevo, y de cada extremo rompe un pedazo tan grande como el extremo de este lápiz. Extrae su contenido, y entonces tendrás una representación perfecta de la tierra de Olaf Jansen. La distancia de la superficie interior a la superficie exterior, según él, es cerca de trescientas millas. El centro de gravedad no está en el centro de la tierra, sino en el centro de la cáscara o de la corteza; por lo tanto, si el grueso de la corteza o de la cáscara de tierra es 500 kilómetros, el centro de gravedad esta a 250 kilómetros bajo la superficie.

En sus diarios de operación los exploradores árticos nos hablan de la inclinación hacia abajo de la aguja cuando los barcos navegan en regiones conocidas del norte más distantes. En realidad, están en la curva; en el borde de la cáscara, donde la gravedad se incrementa geométricamente, y mientras que la corriente eléctrica aparentemente escapa rauda hacia, la idea fantasma del Polo Norte, no obstante, esta misma corriente eléctrica desciende otra vez y continúan su curso hacia el sur a lo largo de la superficie interior de la corteza terrestre.

En el apéndice a su trabajo, el capitán Sabine da cuenta de experimentos para determinar la aceleración del péndulo en diferentes latitudes. Esto es lo que parece haber resultado del trabajo común de Peary y de Sabine: “El descubrimiento accidental de que un péndulo al ser cambiado de París a la vecindad del ecuador aumentó su tiempo de vibración, dio el primer paso a nuestro actual conocimiento que el eje polar del globo es menor que el ecuatorial; que la fuerza de la gravedad en la superficie de la tierra aumenta progresivamente del ecuador hacia los polos.”

De acuerdo con Olaf Jansen, en el principio este viejo mundo nuestro fue creado exclusivamente para mundo “interior”, donde se localizan los cuatro grandes ríos -- el Eufrates, el Pisón, el

Gihón y el Hidekel. Estos mismos nombres de los ríos, cuando están aplicados a las corrientes en la superficie del “exterior” de la tierra, son puramente tradicionales de una antigüedad más allá de la memoria del hombre.

En la cima de una montaña alta, cerca del nacimiento de estos cuatro ríos, Olaf Jansen, el vikingo, pretende haber descubierto, el largo tiempo perdido, “jardín del Edén,” el autentico ombligo de la tierra, y haber pasado cerca de dos años estudiando y registrando en este maravilloso “interior” de la tierra, exuberante de vida vegetal estupenda, y abundante en animales gigantes; una tierra donde la gente que vive tienen siglos de edad, más que Matusalén y otros caracteres bíblicos; una región donde “un cuarto de la superficie interior es agua y tres cuartos tierra”; donde hay océanos grandes y muchos ríos y lagos; donde las ciudades son superlativas en edificaciones y en magnificencia; donde las clases de transporte son tan lejanamente avanzados de los nuestros, como nuestros ostentosos logros en el progreso lo son de los habitantes del África “más oscura””

La distancia directamente a través del espacio de la superficie interna a la superficie interna de la tierra es cerca de 1000 kilómetros menos que el diámetro reconocido de la tierra.

En el centro idéntico de este vacío extenso está la ubicación de “la electricidad” -- una bola de tamaño descomunal de fuego rojo mortecino -- no llamativamente brillante, sino rodeado por una blanca y suave nube, luminosa, radiando una calidez uniforme, y sostenida en su lugar, en el centro de este espacio interno, por la ley inmutable de la gravitación. Esta nube eléctrica es conocida por la gente del “interior” como la morada “del Dios Humeante.” Creen que es el trono “del Más Alto.”

Olaf Jansen me recordó cómo, en los viejos días de la universidad, estábamos todos al corriente de las demostraciones en el laboratorio del movimiento centrífugo, que probaban claramente que, si la tierra fuera un sólido, la rapidez de su revolución sobre su eje la rasgaría en mil fragmentos.

El viejo vikingo también mantuvo que de los puntos más lejanos de la tierra en las islas de Spitzbergen y de la Tierra de Francisco José, bandadas de gansos pueden ser vistos anualmente volando más lejos hacia el norte, exactamente como los marineros y los exploradores registraron en sus diarios. Ningún científico ha sido todavía lo suficiente audaz como para intentarlo explicar, incluso a su propia satisfacción, hacia qué tierras son guiadas estas aves aladas de corral por su instinto sutil. Sin embargo, Olaf Jansen nos ha dado una explicación más razonable.

La presencia de mar abierto en el norte también se explica. Olaf Jansen afirma que la abertura, entrada o agujero del norte, por así decirlo, es de cerca de 2250 kilómetros de un lado a otro. Con respecto a esto, permítanos leer lo escribe el explorador Nansen, en la página 288 de su libro:

“Nunca he tenido una navegación tan espléndida”. Hacia el norte, sin parar hacia el norte, con buen viento, tan rápidamente como la corriente y la vela puede transportarnos, kilómetro tras kilómetro de ancho mar, contemplar tras contemplar, a través de estas ignotas regiones, siempre cristalinas y, en la pureza del hielo, uno casi podría expresar: “¿Cuánto tiempo heredaremos lo último?” El ojo siempre retorna hacia el norte cuando uno cruza el puente. Está contemplando el futuro. Sólo existe siempre el mismo cielo oscuro delante cuando aparece el vasto mar. “

De nuevo, la revisión de Norwood de Inglaterra, en su ejemplar del 10 de mayo de 1884, dice: “No admitimos que haya hielo hasta el polo, una vez dentro de la gran barrera del hielo, un mundo nuevo estalla ante el explorador, el clima es suave como el de Inglaterra, y, luego, balsámico como el de las islas griegas.”

Algunos de los ríos del “interior,” afirma Olaf Jansen, son más grandes que nuestros ríos Misisipi y Amazonas unidos, en consideración al volumen de agua transportado; Ciertamente, su grandeza es causada más por su anchura y profundidad que por su longitud, y en las desembocaduras de estos ríos poderosos,

que fluyen hacia el norte y hacia el sur a lo largo de la superficie interior de la tierra, se hayan icebergs descomunales, algunos de ellos tienen desde veinticinco o treinta kilómetros de ancho hasta sesenta o ciento sesenta kilómetros de longitud.

¿No es extraño que nunca haya sido encontrado un iceberg en el Océano Ártico o en el Antártico que no este compuesto de agua dulce? Los científicos modernos afirman que la congelación elimina la sal, pero Olaf Jansen afirma otra cosa.

Las escrituras hindúes, japonesas y chinas antiguas, así como los hieroglíficos de las razas extintas del continente norteamericano, todos hablan de la costumbre de rendir culto al sol, y es posible, a la luz de las fabulosas revelaciones de Olaf Jansen, que la gente del mundo interior, persuadida por el atisbo del sol al brillar sobre la superficie interna de la tierra, por la abertura norteña o meridional, estaban insatisfechos con “el dios humeante,” el gran pilar o nube madre de la electricidad, y, cansados de su atmósfera continuamente moderada y apacible, siguieron la luz más brillante, y finalmente fueron conducido más allá del cinturón de hielo y se diseminaron sobre la superficie “externa” de la tierra, a través de Asia, de Europa, de Norteamérica y, más adelante, de África, de Australia y de Suramérica.¹

Es un hecho notable de que, al acercarnos al ecuador, la estatura de la raza humana crece menos. Los Patagonianos del sur de América son probablemente los únicos aborígenes del centro de la tierra que salieron a través de la abertura comúnmente designada como polo sur, y se llamaron la raza gigante.

Olaf Jansen afirma que, en el principio, el mundo fue creado por Gran Arquitecto Universo, de modo que el hombre pudiera morar sobre su superficie “interior”, la cual desde entonces ha sido residencia del “elegido.”

Aquellos que fueron expulsados del “jardín de Edén” trajeron su historia tradicional con ellos.

La historia de la gente que vive “dentro” contiene una narrativa que sugiere la historia de Noe y el arca con la cual estamos familiarizados. Él navegó lejos, al igual que Colon, desde cierto puerto, a una tierra extraña de la que él había oído hablar que estaba situada lejos hacia el norte, llevando con él toda clase de bestias de los campos y aves del aire, pero del cual nunca se volvió a oír hablar después.

En los límites norteños de Alaska, y aún más con frecuencia en la costa siberiana, se encuentran cementerios de animales que contienen colmillos de marfil en cantidades tan grandes que sugieren lugares de enterramiento de la antigüedad. El informe de Olaf Jansen dice, han llegado a partir de la gran vida animal prolífica que abunda en los campos, los bosques, los bancos y los ríos numerosos del mundo interno. Los materiales quedaron atrapados en las corrientes del océano, y fueron transportadas sobre isletas flotantes de hielo, y se han acumulado como la madera flotante en la costa siberiana. Esto se ha estado sucediendo desde hace mucho tiempo, de aquí viene el misterio de los cementerios de animales.

¹ la cita siguiente es significativa; “continúa con que ese hombre lo inicia desde una región madre indeterminada pero que un número de consideraciones indican que puede haber sido el norte, irradiando en varias direcciones; que sus migraciones han sido constantemente del norte al sur.” - M. le Marquis G. de Saporta, en la ciencia popular mensual, en octubre de 1883, página 753.

Sobre esto, William F. Warren, en su libro citado ya, pagina 297 y 298, dice: *“Las rocas árticas hablan de una Atlántida perdida más maravillosa que la de Platón.”*

Las capas de fósiles de marfil de Siberia destacan en todo sobre la de cualquier otra clase en el mundo. Desde los días de Plinio, por lo menos, han estado padeciendo constantemente la explotación, y siguen siendo las principales bases de suministro. Los restos de mamuts son tan abundantes que,

Gratacap dice, *“las islas norteñas de Siberia parecen construidas de multitud de huesos.”*

Otro escritor científico, hablando de las islas de la Nueva Siberia, hacia el norte de la desembocadura del río Lena, usa este lenguaje: *grandes cantidades de marfil son extraídas del terreno cada año. De hecho, se cree que algunas de las islas no son más que una acumulación de madera a la deriva y de cuerpos de mamuts y otros animales antidiluvianos congelados juntos.” De esto podemos deducir que, durante los años que han transcurrido desde la conquista rusa de Siberia, más de veinte mil colmillos aprovechables de mamuts han sido recogidos. “*

Comencemos con la historia de Olaf Jansen. La publico detalladamente, como el mismo la escribió en un manuscrito, y urdidas en la historia, justo como él las puso hay ciertas anotaciones de trabajos recientes sobre la exploración ártica, demostrando cómo cuidadosamente el viejo vikingo comparaba sus propias experiencias con la de otros viajeros al norte congelado.

Así escribió el discípulo de Odin y de Thor:

PARTE DOS:

Historia de Olaf Jansen

Mi nombre es Olaf Jansen. Soy noruego, aunque nací en la pequeña ciudad marítima rusa de Uleaborg, en la costa este del golfo de Bothnia, el brazo norteño del mar báltico.

Mis padres estaban faenando en el golfo de Bothnia, y registraron esta ciudad rusa de Uleaborg en el momento de mi nacimiento, siendo el vigésimo séptimo día de octubre de 1811.

Mi padre, Jens Jansen, nació en Rodwig en la costa escandinava, cerca de las islas de Lofoden, pero después de

casarse trasladó su hogar a Estocolmo, porque la gente de mi madre residía en esa ciudad. Cuando cumplí siete años, comencé a ir con mi padre en sus viajes de pesca a lo largo de la costa escandinava.

En los primeros años de mi vida mostré aptitud para los libros, y a la edad de nueve años fui enviado a una escuela privada en Estocolmo, donde permanecí hasta los catorce años. Después de esto hice viajes regulares con mi padre en todos sus viajes de pesca.

Mi padre era un hombre de 1,92 metros de altura, y pesaba aproximadamente 96 kilos, un vikingo típico de la clase más dura, y capaz de más aguante que cualquier otro hombre que haya conocido nunca. Poseía la delicadeza de una mujer en la ternura con las pequeñas cosas, con toda su determinación y poder de voluntad estaban más allá de descripción. Su voluntad no admitía ninguna derrota.

Fue en mi décimo noveno cumpleaños cuando comenzamos lo que demostró ser nuestro último viaje como pescadores, y el cual dio como resultado la extraña historia que será dada al mundo, -- pero no hasta que haya acabado mi peregrinaje terrestre.

No me atrevo a permitir que los hechos sean publicados, como yo los he conocido, mientras esté vivo, por el miedo a la humillación, al confinamiento y al sufrimiento adicional. Antes de nada, fui esposado por el capitán del barco ballenero que me rescató, por ninguna otra razón que contar la verdad sobre los descubrimientos maravillosos hechos por mi padre y yo mismo. Pero esto estaba lejos de ser el final de mis torturas.

Después de una ausencia de cuatro años y de ocho meses alcancé Estocolmo, sólo para encontrar que mi madre había muerto el año anterior, y la propiedad dejada por mis padres, en posesión de la familia de mi madre, pero inmediatamente me fue cedida.

Todo podía haber seguido bien, si hubiera borrado de mi memoria la historia de nuestra aventura y la terrible muerte de mi padre.

Finalmente, un día conté la historia detalladamente a mi tío, Gustaf Osterlind, hombre de cuantiosas propiedades, y le insté a equipar una expedición para mí, para hacer otro viaje a la tierra extraña.

Al principio pensé que él propiciaba mi proyecto. Parecía interesado, y me invitó a ir ante ciertos funcionarios y explicarles, como lo había hecho con él, la historia de nuestros viajes y descubrimientos.

Imagine mi decepción y horror cuando, en el corolario de mi narración, mi tío firmó ciertos papeles, y, sin aviso, me encontré arrestado y alejado rápidamente a un atroz y espantoso confinamiento en un manicomio, donde permanecí por veintiocho años, largos y aburridos; ¡espantosos años de sufrimiento!

Nunca dejé de afirmar mi cordura, y de protestar contra la injusticia de mi confinamiento. Finalmente, en el decimoséptimo del octubre de 1862, me liberaron. Mi tío estaba muerto, y los amigos de mi juventud ahora eran extranjeros. De hecho, un hombre con casi cincuenta años, de quien lo único que sabían es que era un loco, no tiene ningún amigo.

No sabía qué hacer para averiguar cómo vivir, pero instintivamente volví hacia el puerto donde gran cantidad de barcos de pesca estaban anclados, y pasada una semana embarqué con un pescador llamado Yan Hansen, que comenzaba una larga travesía de pesca por las islas de Lofoden.

Aquí mis primeros años de entrenamiento demostraron ser la mayor ventaja, especialmente en facilitarme ser útil. Esto fue sólo el principio de otros viajes, y con una economía austera, fui, en algunos años, capaz de poseer mi propio bergantín de pesca.

Durante veintisiete años, después de eso, seguí en el mar como pescador cinco años trabajando para otros, y los últimos veintidós para mí.

Durante todos estos años fui tan persistente en el estudio de libros, como un duro trabajador en mi negocio, pero tuve mucho cuidado de no mencionar a cualquier persona la historia referente a los descubrimientos hechos por mi padre y por mí. Incluso en este último día estoy temeroso de que cualquiera vea o sepa las cosas que estoy escribiendo, y los manuscritos y mapas que tengo guardados. Cuando mis días en la tierra se acaben, dejaré los mapas y los manuscritos esclarecedores, espero que, en beneficio de la humanidad.

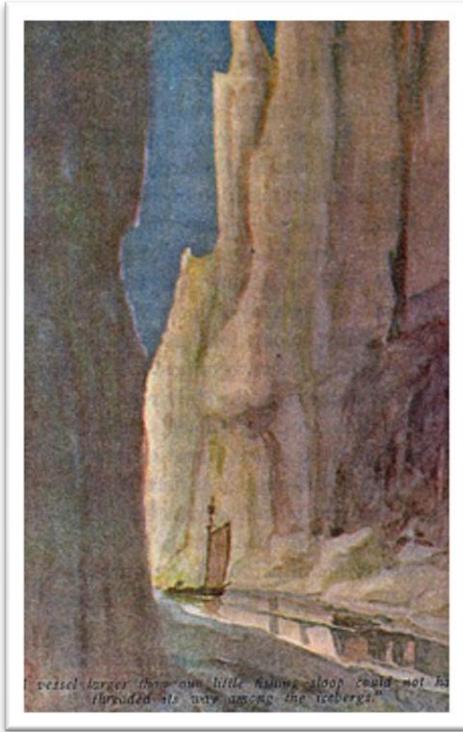
La memoria de mi confinamiento largo con los maniacos, y toda la angustia y sufrimientos horribles están demasiado vivos para garantizarme a arriesgarme a más.

En 1889 vendí mis barcos de pesca, y me di cuenta que había acumulado una fortuna absolutamente suficiente para mantenerme el resto de mi vida. Entonces vine a América.

Por una docena años mi hogar estuvo en Illinois, cerca de Batavia, donde recolecté la mayor parte de los libros de mi biblioteca actual, aunque traje muchos volúmenes elegidos de Estocolmo. Más adelante, vine a Los Ángeles, llegando aquí el 4 de marzo de 1901. La fecha la recuerdo bien, pues era día de la segunda toma de posesión del presidente McKinley. Compré este hogar humilde y decidí, aquí en la aislamiento de mi propio domicilio, protegido por mi propias vides y mi higuera, y con mis libros cerca de mí, hacer mapas y dibujos de las tierras nuevas que habíamos descubierto, y también escribir a la historia detalladamente a partir del momento en que mi padre y yo dejamos Estocolmo hasta el acontecimiento trágico que nos separó en el océano antártico.

Recuerdo claramente que salimos de Estocolmo en nuestro balandro de pesca en el tercer día del abril de 1829, y

navegamos con rumbo al sur, dejando la isla de Gothland a la izquierda y la isla de Oeland a la derecha. Tuvimos éxito algunos días más adelante en doblar la punta de Sandhommar, y



navegamos a través del brazo de mar que separa Dinamarca de la costa escandinava. A su debido tiempo nos instalamos en la ciudad de Christiansand, donde descansamos dos días, y después comenzamos alrededor de la costa escandinava hacia el oeste, en dirección a las islas de Lofoden.

Mi padre estaba animado, debido a los excelentes y satisfactorios ingresos que él había recibido de nuestra última pesca puesta a la venta en Estocolmo, en vez de venderla en una de las ciudades marítimas a lo largo de la costa escandinava. Estaba

satisfecho especialmente con la venta de algunos colmillos de la marfil que él había encontrado en la costa del oeste de la tierra de Francisco José durante una de sus travesías norteñas el año anterior, y él expresó la esperanza de que esta vez puede ser que seamos otra vez lo suficiente afortunados como para cargar nuestro pequeño balandro con marfil, en vez de bacalao, arenques, caballa y salmones.

Atracamos en Hammerfest, latitud setenta y uno grados y cuarenta minutos, para descansar unos días. Aquí permanecemos una semana, proveyéndonos de un suministro adicional de provisiones y varios barriles de agua potable, y después navegamos hacia Spitzbergen.

En los primeros días tuvimos mar abierto y viento favorable, y después encontramos mucho hielo y muchos icebergs. A un barco más grande que nuestro pequeño balandro no le habría sido posible trazar su ruta entre el laberinto de icebergs o manejarlo por canales apenas abiertos.

Estos monstruosos témpanos de hielo presentaban una sucesión sin fin de palacios cristalinos, de enormes catedrales y fantásticas cordilleras de montaña, severos como centinelas inamovibles como altísimos acantilados de sólida roca, permaneciendo silenciosos como la esfinge, resistiendo las incansables ondas de un mar irascible.

Después de escapar muchas veces por los pelos, llegamos a Spitsbergen el 2 de junio, y anclamos en la bahía de Wijade por poco tiempo, donde tuvimos bastante éxito con nuestras capturas

Después izamos el ancla y navegamos por el estrecho de Hinlopen, y bordeamos la costa a lo largo de la tierra del noroeste.²

Un viento fuerte se levantó del sudoeste, y mi padre dijo que debíamos aprovecharlo e intentar alcanzar la tierra de Francisco José, donde, el año anterior había, por casualidad, encontrado los colmillos de marfil que había vendido por tan buen precio en Estocolmo.

Nunca, antes o desde entonces, había visto tantas aves marinas; eran tan numerosas que ocultaban las rocas en la línea de la costa y obscurecían el cielo.

Durante varios días navegamos a lo largo de la costa rocosa de la tierra de Francisco José. Finalmente, un viento favorable se levantó permitiéndonos hacer la costa del oeste, y, después de navegar veinticuatro horas, llegamos a una hermosa ría.

Yo apenas podía creer que estaba en las tierras del norte. El lugar era verde con una vegetación cada vez mayor, y mientras que la extensión no abarcaba más de uno o dos acres, con todo el aire era caliente y tranquilo. Parecíamos estar en ese punto, donde la influencia de la corriente del golfo se deja sentir más intensamente³.

En la costa del este había numerosos icebergs, con todo aquí estábamos en alta mar. Lejos de nosotros, al oeste, sin embargo, habían témpanos flotantes, y todavía más lejos hacia el oeste el hielo apareció como un macizo de colinas bajas. Frente a nosotros, y directamente al norte, estaba alta mar.⁴

² será recordado que Andree comenzó en su fatal viaje en globo desde la costa del noroeste de Spitzbergen.

³ Sir John Barrow, Bart., F.R.S., en su trabajo titulado los “viajes del descubrimiento y de la investigación dentro de las regiones árticas,” dice en la página 57: “Sr. Beechey se refiere a qué se ha encontrado y se ha notado con frecuencia – la indulgencia de la temperatura en la costa occidental de Spitsbergen, siendo poca o nada la sensación de frío allí, aunque el termómetro puede estar solamente a algunos grados sobre el punto de congelación. El efecto brillante y animado de un día claro, cuando el sol resplandece en un cielo puro, que la tonalidad azul tan intensa en cuanto a hallazgo no tiene paralelo incluso con el cielo italiano tan vanagloriado.”

⁴ El capitán Kane, en la página 299, citando textualmente del diario de Morton, del 26 de diciembre, dice: “Por lo que podía ver, los pasos abiertos eran quince millas o más de anchura, con algunas masas de hielo separándolos. Excepto ello, es todo de hielo pequeño, y creo que expulsa al espacio abierto al norte o las putrefacciones y naufragios, pues no podría ver ninguno delante hacia al norte.”

Mi padre era un devoto creyente de Odin y Thor, y con frecuencia me había dicho que fueron los dioses que vinieron más allá del “viento del norte.”

Hubo una tradición, mi padre me explicaba, que aún más lejos hacia el norte había una tierra más hermosa que cualquier hombre mortal haya visto nunca, y que estaba habitada por el “elegido⁵.”

Mi imaginación joven fue encendida por el ardor, el celo y el fervor religioso de mi buen padre, y dije: ¿“Por qué no navegar a esa tierra deseable? El cielo es justo, el viento favorable y el mar abierto.”

Incluso ahora puedo ver la expresión de la sorpresa agradable en su semblante mientras que se giró hacia mí y me dijo: “Hijo

mió, ¿eres tú el que quiere ir conmigo y explorar -- para ir más allá de donde el hombre nunca se ha aventurado?” Contesté afirmativamente. “Muy bien, replicó”. “¡Puede que el dios Odin nos proteja!” y, rápidamente ajustando las velas, él echó un vistazo a nuestra brújula, girando la proa directamente hacia el norte con rumbo a un canal abierto, y así nuestro viaje había comenzado.⁶

El sol estaba bajo en el horizonte, pues seguía siendo el comienzo del verano. De hecho, teníamos casi cuatro meses de día delante de nosotros antes de la noche congelada pudiera volver otra vez.

Nuestro pequeño balandro brincó hacia adelante como si estuviera impaciente como nosotros por la aventura. En el plazo de treinta y seis horas estábamos fuera de la vista del punto más alto en la línea de la costa de la tierra de Francisco José.

Nos parecía estar en una corriente fuerte corriendo hacia el norte por el noreste. Lejos a la derecha y a la izquierda de nosotros había icebergs, pero nuestro pequeño balandro avanzó por los desfiladeros y atravesó canales hacia fuera a los mares abiertos, los canales eran tan angostos en algunos lugares que, si nuestra embarcación no hubiera sido pequeña, nosotros nunca habríamos podido conseguir atravesarlo.

⁵ Hallamos lo siguiente en “Deutsche Mythologie,” página 778, de la pluma de Jakob Grimm; “Entonces los hijos de Bor construyeron en el medio del universo la ciudad llamada Asgard, donde moran los dioses y sus semejantes, y desde esa morada resuelven tantas cosas maravillosas en la tierra y en los cielos sobre ella. Hay en esa ciudad un lugar llamó Hlidskjalf, y cuando Odin se asienta allí sobre su trono alto él ve todo el mundo entero y discierne todas las acciones de hombres.”

⁶ Hall escribe, en la página 288: “El 23 de enero los dos esquimales, acompañado por dos de los marineros, fueron al cabo Lupton. Informaron sobre un mar de agua abierta que se extendía hasta donde el ojo podía alcanzar.”

Al tercer día llegamos a una isla. Sus orillas eran lavadas por un mar abierto. Mi padre decidió desembarcar y explorar por un día. Esta tierra nueva era indigente de madera, pero encontramos una acumulación grande de madera a la deriva en la orilla

norteña. Algunos de los troncos de los árboles tenían doce metros de altura y 0,60 metros de diámetro.⁷

Después de un día de exploración de la zona costera de esta isla, levamos el ancla y enfilamos nuestra proa hacia el norte en un mar abierto.⁸

Recuerdo que ni mi padre ni yo mismo habíamos probado alimento desde hacía casi treinta horas. Quizás esto era debido a la tensión por la excitación de nuestro extraño viaje en aguas más allá del norte, mi padre dijo, que nadie nunca había estado antes aquí. La actividad mental había embotado las demandas de las necesidades físicas.

En vez de que el frío fuera intenso como habíamos anticipado, el tiempo era realmente más cálido y agradable de lo que había sido mientras estuvimos en Hammerfest en la costa del norte de Noruega, unas seis semanas antes.⁹

Ambos con franqueza admitimos que teníamos mucha hambre, y preparé inmediatamente una comida sustancial de nuestra bien equipada despensa.

Después de participar con buen apetito de la comida, dije a mi padre que dormiría, pues comenzaba a sentirme absolutamente soñoliento. “Muy bien,” él contestó, “yo vigilaré.”

No tengo ninguna manera de determinar cuánto tiempo dormí; Sólo sé que una sacudida terrible del balandro me despertó bruscamente. Sorprendido, encontré a mi padre dormido profundamente. Le grité con fuerza, y se incorporo de un salto rápidamente. De hecho, de no ser por que se agarró instantáneamente a la barandilla, habría sido lanzado sin duda alguna dentro de las furiosas olas.

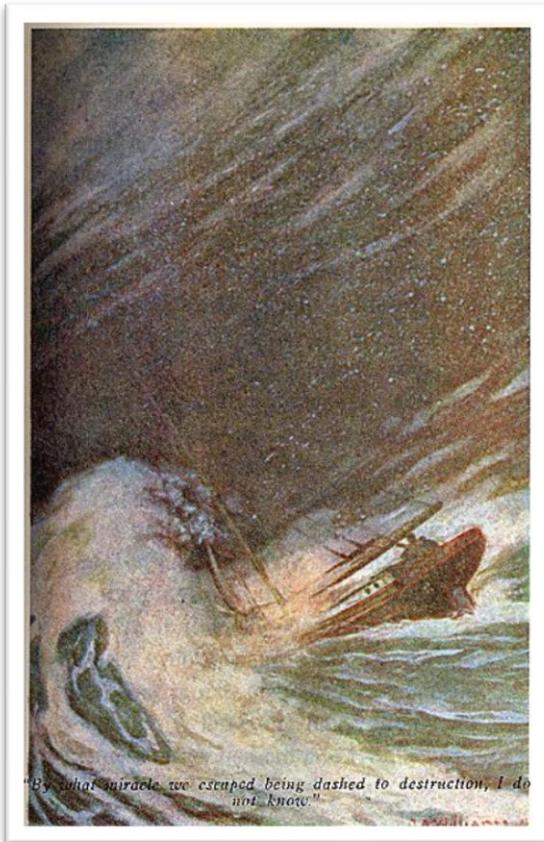
⁷ Greely nos dice en el vol. 1, página 100 que: “Privates Connell y Frederick encontraron un árbol conífero grande en la playa, justo sobre la marca extrema de la marea alta. Tenía casi ochenta centímetros de circunferencia, unos nueve metros de altura, y habían sido transportado, al parecer, a ese punto por una corriente hace

un par de años. Una porción de él fue cortada para leña, y por primera vez en aquel valle, una alegre y brillante fogata dio comodidad al hombre.”

⁸ El dr. Kane nos dice, en la página 379 de sus trabajos: “No puedo imaginarme qué pasa con el hielo. Una fuerte corriente fuerte lo fija constantemente hacia norte; pero, en altitudes de más de ciento cincuenta metros, vi solamente bandas estrechas de hielo, con grandes espacios de agua abierta, a partir de 15 ó treinta kilómetros de anchura, entre ellos. Debe, por lo tanto, o ir a un espacio abierto en el norte, o disolverse.”

⁹ En su segundo viaje el capitán Peary relaciona otra circunstancia en la cual pueda servir para confirmar una conjetura que ha sido mantenida durante largo tiempo por algunos, de que un mar abierto, libre del hielo, exista en o cerca del Polo. “El dos de noviembre,” dice Peary, “el viento se ha avivado hasta convertirse en un vendaval del norte por el oeste, bajó el termómetro antes de la medianoche a 5 grados, mientras que, una subida de viento en la isla de Melville fue acompañada en líneas generales por una subida simultánea del termómetro en las bajas temperaturas. ¿No puede esto,” dice, ser ocasionado por el viento al soplar sobre un mar abierto desde la región desde donde el viento sopla? ¿Y tender a confirmar la opinión de que en o cerca del polo existe un mar abierto?”

Una furiosa tempestad de nieve arreciaba. El viento soplaba directamente por la popa, conduciendo nuestro balandro a una velocidad fabulosa, y amenazaba con volcarnos a cada momento. No había tiempo que perder, las velas tenían que ser bajadas inmediatamente.



Nuestro barco se retorció en convulsiones. Sabíamos que algunos icebergs estaban cerca de nosotros a uno u otro lado, pero afortunadamente el canal estaba abierto directamente hacia norte. ¿Pero, permanecería así?

Delante de nosotros, ciñendo el horizonte de izquierda a derecha, había una niebla vaporosa o neblina, negra como una noche egipcia a la orilla del agua, y blanca como una nube de vapor en su parte alta, que finalmente

perdimos de vista para ver como se mezclaba con grandes copos blancos de la nieve que caía.

No había manera de determinar si seríamos aplastados por un iceberg traidor, o algún otro obstáculo oculto contra el cual nuestro pequeño balandro chocaría y nos enviaría a un sepulcro acuático, o si era meramente por el fenómeno de una niebla ártica.¹⁰

¹⁰ En la página 284 de sus trabajos, Hall escribe: “Desde lo alto del Providence Berg, una niebla oscura fue avistada al norte, indicando agua. A las 10 de la mañana tres de los hombres (Kruger, Nindemann y Hobby) fueron al cabo Lupton a comprobar, si era posible, esta extensión del agua abierta. A su vuelta hablaron de varios espacios abiertos y mucho hielo joven -- no más de un día de edad, tan delgados que se rompían fácilmente lanzando pedazos de hielo sobre él.”

Por qué milagro escapamos de ser lanzados a una destrucción completa, no lo sé. Recuerdo oír a nuestro pequeño navío crujir y gemir, como si sus juntas se rompieran. Osciló y se balanceó adelante y atrás como si fuese agarrado por una resaca feroz de un torbellino o de un remolino.

Afortunadamente nuestra brújula había sido sujeta con tornillos largos a un vano transversal. La mayor parte de nuestras provisiones, sin embargo, cayeron y fueron barridas lejos de la cubierta de la alacena, y si no hubiéramos tomado la precaución en el mismo inicio de la tormenta de atarnos firmemente a los mástiles del balandro, habríamos sido barridos dentro del mar que nos azotaba.

Sobre el tumulto ensordecedor de las olas rabiosas, oí la voz de mi padre. “Se valeroso, hijo mío,” gritó, “Odin es el dios de las aguas, el compañero del valiente, y está con nosotros. No tengas miedo.”

A mí me parecía que no había posibilidad de escaparnos de una muerte horrible. El pequeño balandro navegaba sobre el agua, la nieve caía tan rápida que me cegaba, y las olas batían imprudentes sobre nuestra cubierta en un blanco rocío furioso.

No sabría decir en que instante seríamos arrojados contra algún témpano a la deriva. Las enormes marejadas nos levantan hasta las mismas cimas de sus olas montañosas, después nos hundían hacia abajo en las profundidades a través del mar como si nuestro balandro fuera una cáscara frágil. Olas gigantes de cresta blanca, como verdaderos muros, nos cercaron, a proa y a popa.

Esta dura y angustiante prueba, con sus horrores sin nombre, de suspense, agonía y miedo indescriptibles, continuó por más de tres horas, y en todo momento fuimos conducidos hacia delante a una intensa velocidad, Entonces repentinamente, como si se tornara cansado de sus esfuerzos frenéticos, el viento comenzó a disminuir su furia y gradualmente a apagarse.

Al fin estábamos en perfecta calma. La neblina también había desaparecido, y ante nosotros se extendía un canal libre de hielo de quizás veinticinco o treinta kilómetros de anchura con algunos icebergs lejanos a la nuestra derecha, y un archipiélago intermitente de icebergs más pequeños a nuestra izquierda.

Miré a mi padre atentamente, decidido a seguir permaneciendo silencioso hasta que él hablara. Él desató la cuerda de su cintura y, sin decir una palabra, comenzó a hacer trabajar las bombas, que afortunadamente no fueron dañadas, aligerando al balandro del agua que había penetrado dentro por la locura de la tormenta.

Izó las velas del balandro tan tranquilamente como si arrojara una red de pesca, y luego comentó que estábamos listos para cuando llegara un viento favorable. Su valor y persistencia eran verdaderamente notables.

Al comprobar encontramos que quedaba menos de un tercio de nuestras provisiones, y para nuestra consternación completa, descubrimos que nuestros barriles de agua habían sido barridos por la borda durante las zambullidas violentas de nuestro barco.

Dos de nuestros barriles de agua estaban en la bodega principal, ambos estaban vacíos. Teníamos provisiones justas, pero no agua potable. Me di inmediata cuenta del horror de nuestra situación. Inmediatamente se apodero de mí una sed acuciante. “Es realmente malo,” comentó mi padre. “De cualquier modo, sequemos nuestra ropa empapada, para que no cale en nuestra piel. Confiemos en el dios Odin, hijo mío. No pierdas la esperanza.”

El sol quemaba oblicuamente, como si estuviéramos en una latitud meridional, en vez del norte más extremo. Giraba, su órbita siempre era visible y se elevaba más arriba y más alto cada día, frecuentemente estaba cubierto de niebla, aún así miraba con fijeza siempre a través del entramado de nubes como un impaciente ojo del destino, guardando el norte misterioso y mirando celosamente las travesuras del hombre.

Lejos a nuestra derecha los rayos embellecen los prismas de icebergs haciéndolos magníficos. Sus reflejos emiten destellos granates, diamantinos, de zafiro. Un panorama pirotécnico de colores y de formas incontables, mientras que abajo se podía ver el mar teñido de verde, y arriba, el cielo púrpura.

PARTE TRES:

Más allá del viento del norte

Intenté olvidarme de mi sed ocupándome de traer un poco de alimento y un recipiente vacío de la bodega. Agarrándome al larguero, llené el recipiente de agua con el propósito de lavarme las manos y la cara. Para mi asombro, cuando el agua entró en contacto con mis labios, no estaba salada.

El descubrimiento me asusto. “¡Padre!” Jadeé, “¡el agua, el agua; es potable!” “Qué, Olaf?” exclamó mi padre, echando un vistazo

precipitado alrededor. “Te confundes seguramente. No hay tierra. Estas desvariando.” “¡Pero pruébala!” Grité.

Y así descubrimos que el agua era realmente potable, totalmente, sin el menor gusto salado o incluso la sospecha de un sabor salado.

Llenamos inmediatamente nuestros dos barriles restantes, y mi padre declaró que era una dispensa divina de la misericordia de los dioses Odin y Thor.

Estábamos locos de contento, pero el hambre nos obligo a terminar con nuestro ayuno forzado. ¿Ahora que habíamos encontrado agua potable en el mar abierto, qué cabía esperar en esta latitud extraña donde nunca antes ha navegado ningún barco y el chapoteo de un remo nunca había sido oído?¹¹

Apenas habíamos apaciguado el hambre cuando una brisa comenzó a inflar las velas ociosas, y, echando un vistazo a la brújula, encontramos el punto norteño al presionar directamente contra el cristal.

En respuesta a mi sorpresa, mi padre dijo: “He oído hablar de esto antes; es lo que llaman la inmersión de la aguja.”

Aflojamos la brújula y la situamos en el ángulo correcto con la superficie del mar antes de que su punta se liberara del cristal y se situara de acuerdo a una posición sin interferencias de atracción. Cambió de lugar inquieta, y parecía tan inestable como un hombre borracho, pero finalmente señaló un curso.

¹¹ En el vol. I, página 196, Nansen escribe: “Es un fenómeno peculiar, - esta agua muerta. Actualmente teníamos una oportunidad de estudiarla mejor de lo que deseamos. Sucede donde una capa superficial de agua dulce se apoya sobre el agua salada del mar, y esta agua dulce es transportada junto con la nave deslizándose sobre el agua de mar más pesada debajo de ella como si fuera una base fija. La diferencia entre los dos estratos era, en este caso, tan grande que mientras que teníamos agua potable en la superficie, el agua que conseguimos del martillo inferior de la sala de máquinas tenía demasiada sal como para utilizarla en

la caldera.”

Antes de esto pensamos que el viento nos llevaba norte por el noroeste, pero, con la aguja libre, descubrimos, si nos podíamos fiar, que navegábamos levemente al norte por el noreste. Nuestro curso, sin embargo, tendía siempre hacia el norte.¹²

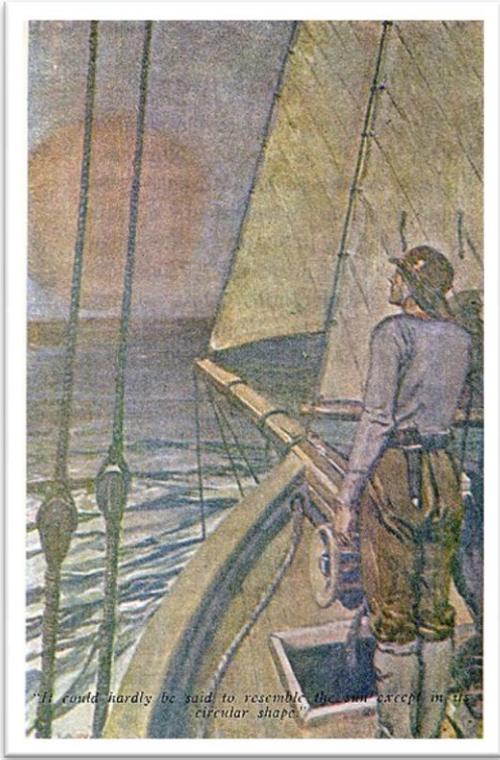
El mar estaba serenamente calmado, con apenas una ola encrespada, y el viento enérgico y alegre. Los rayos del sol, mientras que nos calentaban oblicuamente, nos proporcionaban una sosegada calidez.

Y así el tiempo transcurría día tras día, y encontramos en las notaciones del cuaderno de bitácora, que habíamos estado navegando once días desde la tormenta en el mar abierto.

Por estricta economía, nuestro alimento se mantenía bastante bien, pero comenzaba a escasear. Mientras tanto, uno de nuestros barriles de agua había sido agotado, y mi padre dijo: “La llenaremos otra vez.” Pero, para nuestra consternación, encontramos que el agua ahora estaba tan salada como en la región de las islas de Lofoden de la costa de Noruega. Esto nos obligo a cuidar extremadamente el barril restante.

La mayoría del tiempo deseaba dormir; si era el efecto de la experiencia emocionante de navegar en aguas desconocidas, o la relajación tras el pavoroso y excitante incidente de nuestra aventura en una tormenta de mar, o debido a la necesidad de comida, no podría decirlo.

Con frecuencia me tumbo sobre la bodega de nuestro pequeño balandro, y mirado lejos hacia arriba a la bóveda azul del cielo; y, a pesar de que el sol brillaba lejano en el este, siempre vi una única estrella sobre nosotros.



Durante varios días, cuando busqué esta estrella, estaban siempre allí directamente sobre nosotros.

Era, según nuestro cómputo, aproximadamente primeros de agosto. El sol estaba alto en los cielos, y era tan brillante que ya no podía ver la estrella solitaria que atrajo mi atención algunos días antes.

¹² el volumen II, páginas 18 y 19, Nansen del escribe sobre la inclinación de la aguja. Discurso de Johnson, su ayudante: “Un día -- era el 24 de noviembre -- él entró a cenar poco después de las seis, absolutamente alarmado, y dijo: “Exactamente

ahora hay una inclinación singular de la aguja de veinticuatro grados. Y algo bastante extraordinario, su punta norteña señala al este.” “De nuevo, encontramos en el primer viaje de Peary - página 67, - lo siguiente: “Había sido observado que a partir del momento que nos adentramos en Lancaster Sound, el movimiento de la aguja de la brújula era muy lento, y junto a esto su desviación se incremento tal como progresábamos hacia el oeste, y continuó haciéndolo al descender por esta ría. Al alcanzar la latitud 73 grados, atestiguaron por primera vez el fenómeno curioso de la energía directiva de la aguja que se volvía tan débil que era superado totalmente por la atracción de la nave, de modo que la aguja, se podía decir ahora, señalaba el Polo Norte de la nave.”

Un día en esa época, mi padre me sorprendió llamando mi atención sobre un nuevo avistamiento, lejano, en frente nuestro, casi en el horizonte.

“Es un sol falso,” dijo mi padre. “He leído de ellos; se llama reflexión o espejismo. Pronto desaparecerá.”

Pero este falso sol rojo apagado, tal como creímos que ocurriría, no desapareció por varias horas; y mientras éramos inconscientes de que emitiera cualquier rayo luz, aún no había pasado una hora después de eso cuando no podríamos volver a ver en frente el horizonte y localizar la iluminación del supuesto falso sol, durante un período, por lo menos, de doce horas de cada veinticuatro.

Las nubes y las nieblas ocasionalmente casi, pero nunca enteramente, ocultaban su localización.

Parecía ascender gradualmente en el horizonte del ambiguo cielo purpúreo mientras avanzamos.

Difícilmente se podría decir que se asemejara al sol, excepto por su forma circular, y cuando no era obscurecido por las nubes o las nieblas del océano, tenía un aspecto rojizo poco claro, de apariencia bronceado, que cambiaría a un blanco como una nube luminosa, como si reflejara una luz mucha mayor lejana.

Finalmente convinimos en nuestra discusión sobre este horno de colores, y ahumado sol, que sea lo que sea la causa del fenómeno, no es un reflejo de nuestro sol, sino algún tipo de planeta, en realidad.¹³

Un día, en fecha cercana a esto, me sentía excesivamente soñoliento, y caí en un sueño profundo. Pero me parecía que fui despertado inmediatamente por sacudidas vigorosas en mis hombros, efectuadas por mi padre, diciéndome: “Olaf, despierta; ¡hay tierra a la vista!”

Me incorporé, y, ¡oh! una alegría inenarrable, lejos en la distancia, directamente en nuestra trayectoria, había tierras que sobresalían audazmente en el mar. La línea de costa se extendía lejana a la derecha de nosotros, tanto como el ojo podía abarcar y a lo largo de la playa arenosa había olas que rompían en espuma encrespada, retrocediendo, y después volviendo hacia adelante, siempre salmodiando en tonos monótonos la canción de las profundidades. Los bancos de arena fueron cubiertos por árboles y vegetación. No puedo expresar mi sensación de euforia con este descubrimiento. Mi padre permanecía inmóvil, con su mano en la caña del timón, mirando de frente, y desahogando su corazón en plegaria agradecida a los dioses Odin y Thor.

Mientras tanto, echamos al mar una red que encontramos en la estiba, y cogimos algunos pescados que agregamos a nuestro cada vez menor almacén de provisiones.

La brújula, que habíamos asegurado de nuevo en su lugar, por miedo a otra tormenta, todavía señalaba derecha al norte, y apenas se movía en su eje, como si estuviera en Estocolmo. La inmersión de la aguja había cesado. ¿Qué podría significar? Quizas, también, nuestros muchos días de la navegación nos habían llevado ciertamente lejos más allá del Polo Norte. Pero la aguja continuaba señalando al norte.

¹³ Nansen, en la página 394, dice: “Otro hecho significativo ha sucedido hoy, sobre el mediodía vimos el sol, o para ser más correctos, una imagen del sol, porque era solamente un espejismo. Una impresión peculiar fue producida por la vista de ese fuego resplandeciente que iluminaba apenas sobre el borde exterior del hielo. Según las descripciones entusiastas dadas por muchos viajeros árticos del primer aspecto de este dios de vida después de la larga noche invernal, la impresión debía ser de un entusiasmo jubiloso; pero no era así en mi caso. No esperábamos verlo por algunos días todavía, de modo que mi sensación fue más de dolor, de decepción, de que habíamos derivado más aún al sur de lo que pensamos. Con placer pronto descubrí que no podría ser el sol. El espejismo era al principio una reluciente y aplanada raya roja de fuego en el horizonte; más tarde fueron dos rayas rojas, una sobre la otra, con un espacio oscuro en medio; y desde mayor altura podría ver cuatro, o aún cinco, tales líneas horizontales directamente una sobre la otra, todas de igual longitud, como si uno pudiera imaginarse sólo un sol rojo apagado cuadrado, con las rayas oscuras horizontales a través de él.”

Estábamos dolorosamente perplejos, porque nuestra dirección ahora era seguramente hacia el sur¹⁴.

Navegamos por tres días a lo largo del litoral, después llegamos a la desembocadura de un fiordo o de un río de un tamaño inmenso. Se parecía más bien una gran bahía, y dentro de ella dimos la vuelta a nuestro balandro, siendo la dirección levemente noreste hacia el sur. Con la colaboración de un viento enojado que vino en nuestra ayuda la mitad del tiempo, continuamos nuestro camino tierra adentro, en lo que luego demostró ser un río poderoso, y del cual aprendimos que era llamado por sus habitantes Hiddekel.

Continuamos nuestro viaje por diez días después de eso, encontrando que habíamos logrado penetrar una distancia interior hasta donde las mareas del océano no afectaban al agua, la cual era dulce.

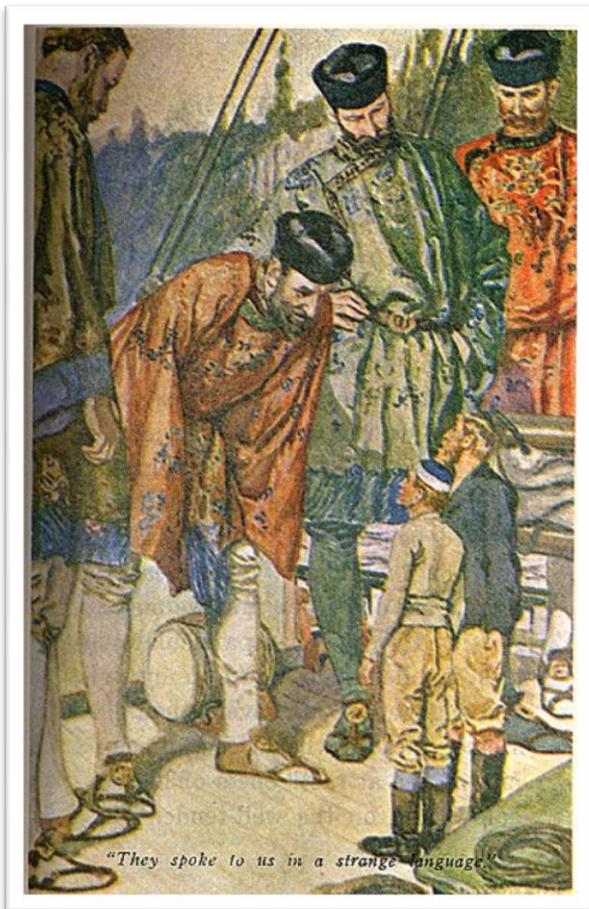
El descubrimiento no llegó de ningún modo demasiado pronto, porque nuestro barril restante de agua estaba casi agotado. No perdimos tiempo en llenar nuestros barriles, y continuamos navegando más lejos encima del río cuando el viento era favorable.

A lo largo de las riberas grandes bosques con una extensión de millas podían ser vistos a lo largo de toda la costa. Los árboles eran de tamaño enorme. Desembarcamos después de anclar cerca de una playa arenosa, y vadeamos en tierra, y fuimos recompensados encontrando una cantidad de nueces que eran muy sabrosas y calmaron nuestra hambre, siendo un cambio agradable de la monotonía de nuestro almacén de provisiones.

Estábamos a primeros de septiembre, unos cinco meses, calculamos, desde nuestra salida de Estocolmo. Repentinamente nos asustamos de haber perdido el juicio al oír cantar a lo lejos. Muy pronto después de eso descubrimos una nave enorme que se deslizaba río abajo directamente hacia nosotros. Los de a bordo cantaban en un estribillo poderoso que, repitiendo de fila en fila, sonaba como mil voces, llenando el universo entero de melodía vibrante. El acompañamiento lo tocaban instrumentos de cuerda no muy diferentes de nuestras arpas.

¹⁴ En el primer viaje de Peary, páginas 69 y 70, dice: “Al alcanzar la Isla de sir Byam Martin, la más cercana a la isla de Melville, la latitud del lugar de la observación era el " 75 grados-09'-23, y la longitud 103 grados -44'-37; la inmersión de la aguja magnética del " 88 grados-25'-58 oeste en la longitud de 91 grados-48', donde las últimas observaciones habían sido hechas, en " 165 grados-50'-09, este, en su actual estación, de modo que tuviéramos,” dice Peary, “en la navegación sobre el espacio incluido entre este dos meridianos, cruzados inmediatamente hacia el norte del polo magnético, y había pasado indudablemente sobre uno de esos puntos sobre el globo donde la aguja habría sido encontrada una variación de 180 grados, es decir, donde el Polo Norte habría señalado al sur.”

Era una nave más grande de lo que cualquiera nosotros hubiera visto nunca, y estaba construida de modo diferente.¹⁵



En ese momento en concreto nuestro balandro estaba encalmado, y no lejos de la orilla. La orilla del río, cubierto con los árboles gigantescos, se elevó varios cientos de pies de manera hermosa. Nos parecía estar en el borde de algún bosque primaveral que se extendía, sin duda alguna, lejos en el interior.

El navío inmenso se detuvo brevemente, y casi inmediatamente, una barca fue bajada y seis hombres de estatura gigantesca remaron hacia nuestro pequeño balandro. Nos hablaron en una lengua extraña.

Sabíamos, por sus maneras, sin embargo, que no eran hoscos. Hablaron mucho entre ellos, y uno de ellos rió desmedidamente, como si pensara que al encontrarnos un descubrimiento raro había sido hecho. Uno de ellos observaba nuestra brújula, y parecía interesarles más que cualquier otra parte de nuestro balandro.

Finalmente, el líder hizo un gesto como si preguntara si estábamos dispuestos a dejar nuestro barco para ir a bordo de su nave. “¿Qué opinas, hijo mió?” preguntó mi padre. “No pueden hacer mucho más de asesinarlos.”

¡“Parecen ser amablemente dispuestos,” contesté, “aunque qué gigantes terribles! Mira su gran tamaño.”

¹⁵ La mitología asiática, página 240, “el paraíso encontrado” -- de la traducción de Sayce, en un libro llamado los “recuerdos del pasado”, nos dijeron de una “vivienda” la cuál “los dioses crearon para” los primeros seres humanos, -- una vivienda en la cual “llegarían a ser grandes” e “incrementarían su número,” y la localización en la cual es descrita en las palabras que corresponden exactamente a las de la literatura iraní, india, china, de Eddaic y Azteca; a saber, “en el centro de la tierra.” -- Warren.

“Podemos ir de buena gana o ser llevados a la fuerza,” dijo mi padre, sonriendo “porque ciertamente pueden capturarnos.” Acto seguido, les hizo saber, con signos, que estábamos preparados para acompañarlos.

Pasados algunos minutos estábamos a bordo de la nave, y una hora y media después nuestro pequeño balandro había sido levantado materialmente fuera del agua por una extraña clase de gancho y aparejo, y colocado a bordo como una curiosidad.

Había varios cientos de personas a bordo de, para nosotros, esta descomunal nave, la cual descubrimos que se llamaba “el Naz,” que significa, como aprendimos luego, “placer,” o dándole una interpretación más apropiada, “barco de excursión placentera”.

Si los inquilinos de la nave nos observaban a mí y a mi padre con curiosidad, esta raza extraña de gigantes nos ofrecía una cantidad igual de asombro.

No había un solo hombre a bordo que no midiera completamente 3,70 metros de altura.¹⁶

Todos tenían barbas enteras, no particularmente largas, sino aparentemente de pelo corto. Tenían caras suaves y hermosas, excesivamente bellos, con los cutis rubicundos. El pelo y la barba de alguno eran negros, otros rojizos, y todavía otros amarillos.

El capitán, como designábamos al dignatario que mandaba en el gran navío, era una cabeza entera más alto que cualquiera de sus compañeros. Las mujeres tenían por término medio a partir de 3,30 ó 3,40 metros de altura. Sus características eran especialmente regulares y refinadas, mientras que su tez era de un delicado matiz realzado por un saludable brillo.¹⁷

Los hombres y las mujeres parecían poseer esa peculiar educación de manera que nosotros juzgamos una muestra de la buena crianza, y, a pesar de sus estaturas enormes, allí nada sugería dificultad. Como era un chaval de solamente diecinueve años, me miraban sin duda como un verdadero pulgarcito. El metro noventa y dos de mi padre no pasaba en la coronilla de su cabeza de la línea de la cintura de esta gente.

Todos parecían competir entre ellos en la cortesía y amabilidad que nos mostraban, todos reían cordialmente, recuerdo, cuando tuvieron que improvisar las sillas para que mi padre y yo nos sentáramos en la mesa. Estaban ricamente ataviados con un traje peculiar, y muy atractivo. Los hombres vestían con elegantes túnicas bordadas de seda y satén ceñidas en la cintura. Usaban bermudas y medias de una textura fina, mientras que sus pies estaban revestidos en sandalias adornadas con hebillas de oro. Descubrimos en seguida que el oro era uno de los metales conocidos más comunes, y que era utilizado extensivamente en la decoración.

Puede parecer extraño, pero ni mi padre ni yo sentíamos la menor preocupación por nuestra seguridad.

¹⁶ " según todos los datos disponibles, ese punto en la era del aspecto del hombre sobre la etapa estuvo en el ahora perdido "continente mioceno," que entonces rodeó al polo ártico. En el verdadero Edén, algunas de las primeras generaciones de hombres lograron a una estatura y a una longevidad sin igual en cualquier país conocido de la historia postdiluviana lo cual no es de ninguna manera científicamente increíble. "- Wm. F. Warren, "paraíso encontrado," P. 284.

Nos hemos lucido," me dijo mi padre. "Éste es el cumplimiento de la tradición que me contó mi padre y el padre de mi padre, y aún

más por muchas generaciones de nuestra raza. Ésta es, absurdamente, la tierra más allá del viento del norte.”

Nos prepararon una fiesta, especialmente a cargo de uno de los hombres, de Julio Galdea, y de su esposa, con el fin de ser educados en su lengua; y, por nuestra parte, estábamos tan impacientes de aprender como ellos de instruir.

Al mando del capitán el barco giro limpiamente, y comenzó a recuperar su curso encima del río. La maquinaria, sin ruido, era muy poderosa.

Las riberas y los árboles de ambos lados parecían apresurarse. La velocidad de la nave, sobrepasó ocasionalmente la de cualquier tren del ferrocarril en el cual haya montado nunca, incluso aquí en América. Era maravillosa.

Mientras tanto, habíamos perdido de vista los rayos del sol, pero encontramos una radiación “dentro” emanando del sol rojo apagado que había atraído ya nuestra atención, ahora emitiendo una luz blanca que semejava un banco de nubes lejano delante de nosotros. Emitía una luz más intensa, diría, como dos Lunas Llenas en la noche más clara.

En doce horas esta nube de blancura dejaría de poder ser vista, como si eclipsara, estas doce horas siguientes se correspondieran con nuestra noche. Pronto vimos que esta gente extraña era devotos de esta gran nube de noche. Era “El Dios Humeante” del “mundo interno.”

La nave fue equipada con un medio de iluminación que ahora creo que era electricidad, pero ni mi padre ni yo éramos suficientemente expertos en mecánica para entender de dónde procedía la energía para hacer funcionar la nave, o mantener las suaves y hermosas luces que cumplían el mismo propósito que nuestros métodos actuales de alumbrar las calles de nuestras ciudades, de nuestras casas y de las oficinas.

Debe recordar, que la época de la cual escribo era en otoño de 1829, y en la superficie del “exterior” de la tierra entonces no sabíamos nada, por decirlo así, de electricidad.

La condición de sobrecarga eléctrica del aire era un vitalizador constante. Nunca me sentí mejor en mi vida que durante los dos años que mi padre y yo residimos en el interior de la tierra.

Resumiendo mi narración de acontecimientos:

La nave en la cual navegábamos paró dos días después de haber subido a bordo. Mi padre dijo que por lo que él podía juzgar estábamos directamente debajo de Estocolmo o de Londres. La ciudad que habíamos alcanzado se llamaba “Jehu,” que significaba puerto de mar. Las casas eran grandes y construidas maravillosamente, y absolutamente uniforme en aspecto, con todo sin parecido. La ocupación principal de la gente parecía ser la agricultura; las laderas estaban cubiertas con viñedos, mientras que los valles eran dedicados al crecimiento del grano.

Nunca vi tal exhibición de oro. Estaba por todas partes. Los marcos de las puertas estaban decorados con, y las mesas chapeadas, láminas de oro. Las bóvedas de los edificios públicos eran de oro. Era utilizado lo más abundante posible en los acabados de los grandes templos de la música.

La vegetación crecía en exuberancia pródiga, y la fruta, de todas las clases poseía el más delicado sabor. Los racimos de uvas eran de entre 1 y 1,5 metros de longitud, cada uva era tan grande como una naranja, y las manzanas más grandes que la cabeza de un hombre caracterizaban el crecimiento maravilloso de todas las cosas en el “interior” de la tierra.

Los grandes árboles de la secoya de California serían considerados meros arbustos comparado con los bosques de árboles gigantes que se extienden por kilómetros y kilómetros en todas las direcciones. En muchas direcciones a lo largo de las colinas de las montañas, vimos, vastos rebaños de ganado

vacuno, durante el último día de viaje por el río. Oímos hablar mucho de una ciudad llamada “Edén,” pero nos quedamos en “Jehu” por un año entero. Después de ese tiempo habíamos aprendido hablar bastante bien la lengua de esta raza de gente extraña. Nuestros instructores, Julio Galdea y su esposa, exhibieron una paciencia que era en verdad encomiable.

Un día un enviado del soberano de “Edén” vino a vernos, y durante dos jornadas completas nos hicieron a mi padre y a mí una serie de preguntas que sorprendían. Deseaban saber de dónde vinimos, que clase de gente vivía “fuera,” qué dios adorábamos, nuestras creencias religiosas, el modo de vivir en nuestra tierra extraña, y mil y una otras cosas.

La brújula que habíamos traído con nosotros atrajo su atención especialmente. Mi padre y yo comentamos entre nosotros mismos respecto al hecho de que la brújula todavía señalaba al norte, aunque ahora sabíamos que habíamos navegado sobre la curva o el borde de la abertura de la tierra, y nos habíamos alejado lo largo de la dirección sur en la superficie del “interior” de la corteza de tierra, que, según la estimación de mi padre y la mía, tiene cerca de quinientos kilómetros de grueso del “interior” a la superficie del “exterior”. Relativamente hablando, no es más gruesa que una cáscara de huevo, de modo que hay casi tanta superficie en el “interior” como en el “exterior” de la tierra.

La gran nube o bola luminosa del fuego rojo apagado, rojo ardiente por las mañanas y las tardes y, durante el día emite una luz blanca hermosa, “el Dios Humeante,” – parece suspendida en el centro del gran vacío “dentro” de la tierra, y es sostenido en su lugar por la ley inmutable de la gravitación, o de una fuerza atmosférica repelente, de acuerdo con las circunstancias. Me refiero a la energía conocida que atrae o repele con igual fuerza en todas las direcciones.

La base de esta nube eléctrica o lumbrera central, el asiento de los dioses, es oscura y opaca, excepto por pequeñas aberturas innumerables, aparentemente en el corazón del Gran Soporte o

altar de la Divinidad, sobre el cual “El Dios Humeante” descansa; y, las luces que brillan por esta gran cantidad de aberturas centellean en la noche en todo su esplendor, y se parecen ser estrellas, tan naturales como las estrellas que nosotros vemos brillando cuando estamos en nuestro hogar en Estocolmo, excepto que ellas parecen mayores.

“El Dios Humeante,” por lo tanto, con cada revolución diaria de la tierra, parece elevarse en el este y descender en el oeste igual que lo hace nuestro sol en la superficie externa. En realidad, la gente de “dentro” cree que “el Dios Humeante” es el trono de su Jehová, y es inmóvil. El efecto de la noche y del día, por lo tanto, es producido por la rotación diaria de la tierra.

He descubierto que la lengua de la gente del mundo interno es como el Sánscrito.

Después de que les hubiéramos explicado sobre nosotros a los emisarios de la sede central del gobierno del continente interno, y de que mi padre facilitara, a su inexperta manera, mapas dibujados, conforme a su petición, de la superficie del “exterior” de la tierra, demostrando las divisiones de la tierra y del agua, y dando el nombre de cada uno de los continentes, de las islas grandes y de los océanos, por tierra nos llevaron a la ciudad de “Edén,” en un transporte diferente de cualquier cosa que tengamos en Europa o América.

Este vehículo era sin duda alguna una cierta invención eléctrica. Era silencioso, y funcionaba sobre un solo carril de hierro en equilibrio perfecto. El viaje fue hecho en una velocidad muy alta. Nos llevaron por encima de las colinas y debajo de los valles, a través de los valles y otra vez a lo largo de las laderas de montañas escarpadas, sin ninguna necesidad evidente de nivelar la tierra como hacemos para las pistas del ferrocarril. Los asientos de coche eran enormes, pero a pesar de ello, cómodos y muy altos sobre el suelo del coche.

En lo alto de cada coche estaban los engranajes de los volantes situados a sus lados, y que se ajustaban tan automáticamente que, cuando se incrementa la velocidad del coche, la velocidad de estos volantes geométricos también crece. Julio Galdea nos explicó que estas ruedas en forma de abanico que giraban encima de los coches anulan la presión atmosférica, o lo que se entiende generalmente por el término de gravitación, y con esta fuerza anulada o con una presencia nimia el coche está tan seguro que es imposible caer a un lado o a otro de monorraíl como si estuviera en un vacío; él volante con sus rápidas revoluciones destruyen eficazmente la, así llamada, fuerza de gravitación, o la fuerza de la presión atmosférica o cualquier influencia potente puede ser la causa de que todas las cosas sin apoyo caigan hacia abajo a la superficie de la tierra o al punto más cercano de la resistencia.

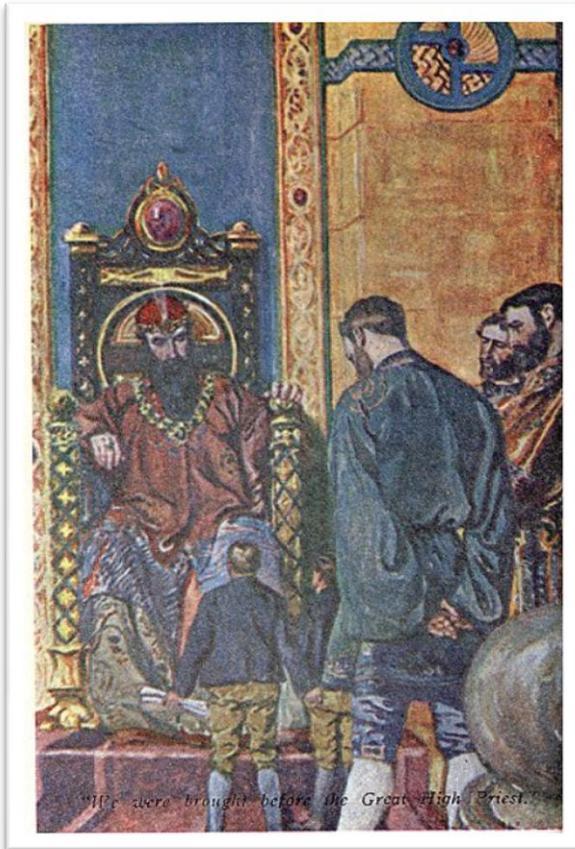
La sorpresa de mi padre y mía fue indescriptible cuando, en medio de majestuosa magnificencia de una cámara espaciosa, finalmente nos trajeron ante el Gran Sumo Sacerdote, soberano de toda la tierra. Vestía ricamente y era mucho más alto que todos los que estaban cerca de él, y no podía ser menor de cuatro o cuatro metros y medio de altura. La inmensa habitación donde fuimos recibidos parecía acabada en sólidas losas gruesas de oro, decoradas con joyas de asombroso fulgor.

La ciudad de “Edén” está situada en lo que se parece ser un valle hermoso, con todo, de hecho, está en la meseta más alta de la montaña del continente interno, varios miles de metros más alta que cualquier porción del país circundante. Es el lugar más hermoso que he contemplado nunca en todos mis viajes. En este jardín elevado toda clase de frutas, vides, arbustos, árboles, y flores crecen en bulliciosa profusión.

En este jardín cuatro ríos tienen su nacimiento en una fuente artesiana poderosa. Se dividen y fluyen en cuatro direcciones. Este lugar es llamado por los habitantes el “ombligo de la tierra,” o del principio, “la cuna de la raza humana.” Los nombres de los ríos son Eufrates, Pisón, Gihón, y el Hiddekel.¹⁷

La imprevista espera en este palacio de la belleza, y el hallazgo de nuestro pequeño balandro que había sido traído ante el Sumo

Sacerdote en forma perfecta, igual que había sido tomado de las aguas ese día en que fue cargado a bordo de la nave por la gente que nos descubrió en el río hace más de un año.



Se nos concedió audiencia de unas dos horas con este gran dignatario, que parecía dispuesto amablemente y considerado. Demostró un ávido interés, haciéndonos preguntas numerosas, e invariable con respecto a las cosas sobre las cuales sus emisarios no habían podido investigar.

Al final de la entrevista preguntó acerca de nuestra satisfacción, preguntándonos si deseábamos permanecer en su país o si preferimos volver al mundo “externo”; abasteciéndonos era posible hacer un viaje de vuelta con éxito, a través de las barreras congeladas de la cadena que cercan las aberturas norteñas y meridionales de la tierra.

Mi padre contestó: “Nos satisfaría a mí y a mi hijo visitar tu país y ver a tu gente, tus universidades, palacios de la música y del arte, tus grandes campos, tus maravillosos bosques de árboles; y después de que hayamos tenido este privilegio agradable, debemos tener el gusto de intentar volver a nuestro hogar en la superficie del “exterior” de la tierra. Mi hijo es sólo un niño, y mi buena esposa estará cansada de aguardar nuestra vuelta.

¹⁷ y el señor nuestro Dios plantó un jardín, y fuera de la tierra hizo el señor nuestro Dios crecer cada árbol que es agradable a la vista y bueno para el alimento. “- El libro del génesis

“Me temo que nunca puedas volver,” contestó el Principal Sumo Sacerdote, “porque el camino es sumamente peligroso. Sin embargo, visitarás los diversos países con Julio Galdea como vuestro acompañante, y acuérdate de cada cortesía y amabilidad. Cuando quiera que estéis preparados para intentar el viaje de vuelta, te aseguro que tu barco, el cual está aquí exhibiéndose, será puesto en las aguas del río Hidekel en su desembocadura y tu pedirás a tu Dios que seas veloz.

Así terminó nuestra única entrevista con el Sumo Sacerdote o soberano del continente.

PARTE CUATRO:

En el mundo inferior

Aprendimos que los varones no se casan antes de que tengan entre setenta y cinco o cien años, y que la edad en la cual las mujeres se incorporan al matrimonio es solamente un poco menor, y que los hombres y las mujeres viven juntos con frecuencia de seiscientos a ochocientos años, y a veces mucho más viejos.¹⁸

Durante el año siguiente visitamos muchas aldeas y ciudades prominentes, entre ellas las ciudades de Nigi, Delfi, y de Hectea, y mi padre fue requerido una media docena veces para hablar de los mapas que habían sido dibujados en los toscos bosquejos que él había dado originalmente de las divisiones de la tierra y del agua en la superficie del “exterior” de la tierra.

Recuerdo oír a mi padre comentar que la raza gigante de la gente en la tierra “del Dios Humeante” casi tenía una idea exacta de la geografía de la superficie “exterior” de la tierra como tendría un profesor corriente de la universidad de Estocolmo.

En nuestros recorridos vinimos un bosque de árboles gigantescos, cerca de la ciudad de Delfi. Y decía la Biblia que allí habían árboles que se encumbraban sobre noventa metros de altura, y más de nueve metros de diámetro, creciendo en el jardín de Edén, los Ingersolls, los Tom Paines y los Voltaires habrían pronunciado sin duda alguna la declaración de un mito. Aún así es la descripción de la gigantesca secoya de California; pero estos gigantes de California palidecen en insignificancia en comparación con los bosques descomunales encontrados en el “interior” del continente, en donde abundan los árboles poderosos a partir de 250 ó 300 metros de altura, y a partir de 30 a 40 metros de diámetro; incontable en números y formando bosques que se extienden centenares de kilómetros detrás del mar.

La gente es en extremo sensible a la música, y aprenden en grado notable sus artes y ciencias, especialmente geometría y astronomía. Sus ciudades están dotadas de inmensos palacios de música, en donde no infrecuentemente hasta veinticinco mil voces vigorosas de esta raza de gigantes se inflaman en poderosos coros de sublimes melodías. Los niños no acceden a las instituciones de enseñanza antes de los veinte años. Entonces su vida escolar comienza y continúa por treinta años, diez de los cuales son dedicados uniformemente por ambos sexos al estudio de la música.

Sus vocaciones principales son arquitectura, agricultura, horticultura, la cría de inmensos rebaños de ganado vacuno y la construcción de medios de transporte característicos de ese país, para viajar sobre tierra y agua.

¹⁸ Josefo dice: “Dios prolongó la vida de los patriarcas que precedieron al diluvio, a causa de sus virtudes y para darles la oportunidad de perfeccionar las ciencias de la geometría y de la astronomía, que habían descubierto; cuál él no habrían podido hacer si no hubieran vivido 600 años, porque es solamente después del lapso de 600 años que el gran año ha sido cumplido.” -- Flammarion, mitos astronómicos, París P. 26.

Por medio de un dispositivo que no puedo explicar, mantienen la comunicación entre ellos en las partes más distantes de su país, a través del aire.

Todos los edificios son erigidos con especial cuidado a su fuerza, durabilidad, belleza y simetría, y con un estilo de arquitectura sumamente más atractivo al ojo que cualquiera que yo haya observado en cualquier otro sitio.

Cerca de tres cuartos de la superficie “interna” es tierra y cerca de un cuarto agua. Hay numerosos ríos de tremendo tamaño, algunos que fluyen en dirección norte y otros en dirección sur. Algunos de estos ríos tienen cincuenta kilómetros de anchura, y están fuera de estos canales extensos, en las partes norteñas y meridionales extremas de la superficie del “interior” de la tierra, en regiones donde se experimentan las bajas temperaturas, y se forman los icebergs de agua dulce. Estos entonces son empujados al mar como lenguas enormes del hielo, por los arroyos singulares de aguas turbulentas que, dos veces cada año, barren todo ante ellos.

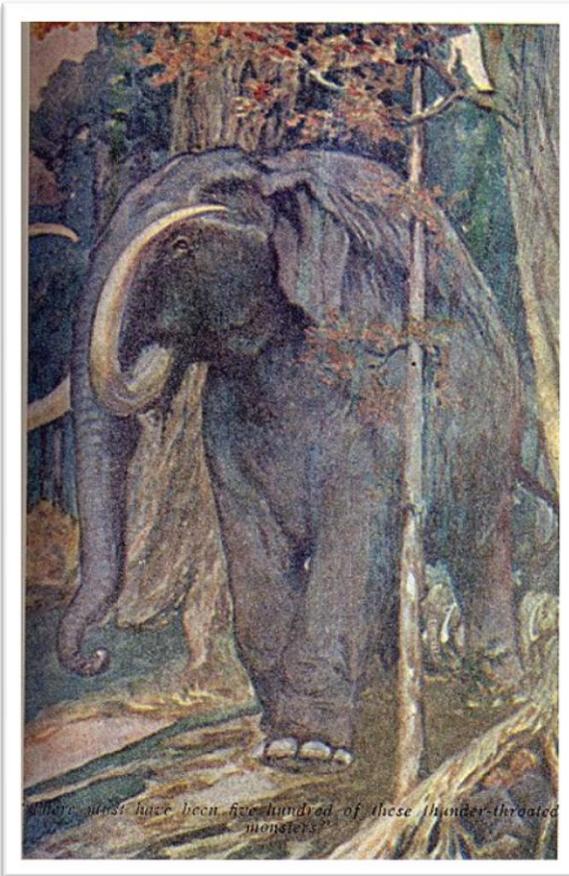
Vimos innumerables especímenes de aves no más grandes que éstos encontrados en los bosques de Europa o de América. Es bien sabido que durante los últimos años especies enteras de pájaros han abandonado la tierra. Un escritor en un artículo reciente sobre esta materia dice: ¹⁹

¿No es posible que estas especies del pájaro que desaparecen abandonen su hábitat en el exterior, y encuentren asilo en el “mundo interno”?

Ya sea en el interior o entre las montañas, o a lo largo de la costa, encontramos la existencia de los pájaros prolífica. Cuando extienden sus grandes alas algunos de los pájaros parecen medir 9 metros de un extremo a otro. Son de gran variedad y de muchos colores. Nos permitieron trepar hasta el borde de una roca y examinar un nido de huevos. Había cinco en el nido, que

era por lo menos de medio metro de longitud y quince pulgadas de diámetro.

Después de que hubiéramos estado en la ciudad de Hectea alrededor de una semana, el profesor Galdea nos llevó a una cala, donde vimos millares de tortugas a lo largo de la orilla arenosa. Titubeo al indicar el tamaño de estas grandes criaturas. Tenían a partir de ocho o nueve metros de longitud, y de cinco a seis metros de anchura y dos metros de altura completos. Cuando una de ellas sacó su cabeza tenía el aspecto de algún monstruo marino horrible.



Las condiciones extrañas de “dentro” son favorables no sólo para los prados extensos de hierbas exuberantes, los bosques de árboles gigantes, y toda clase de la vida vegetal, sino para la maravillosa vida animal también.

Un día vimos una gran manada de elefantes. Debe haber habido quinientos de estos monstruos de garganta de trueno, con el movimiento incansable de sus trompas.

¹⁹ " casi cada año ve la extinción final de una o más especies de pájaros. Cerca de catorce variedades de pájaros se encontró hace un siglo en una sola isla - la isla india del oeste de St. Thomas - ocho ahora tienen que ser numerados entre los desaparecidos. "

Despedazaban enormes ramas de los árboles y pisoteaban el más pequeño crecimiento. Harían un promedio sobre 30 metros de longitud y entre 22 y 25 metros de altura.

Me parecía, mientras miraba esta manada maravillosa de elefantes gigantes, que estaba otra vez en la biblioteca pública en Estocolmo, en donde había pasado muchas horas estudiando las maravillas de la edad del Mioceno. Me llenaron del asombro

mudo, y mi padre estaba sin habla con respeto. Sostuvo mi brazo agarrándomelo protectoramente, como si un perjuicio temeroso nos alcanzara. Éramos dos átomos en este gran bosque, y, afortunadamente, inadvertidos por esta manada extensa de elefantes que caminaban sin rumbo, siguiendo a un líder al igual que una manada de ovejas. Buscaban la hierba que crecía mientras se movían. Y de vez en cuando sacudían el firmamento con sus profundos bramidos.²⁰

Hay una confusa niebla que asciende de la tierra cada tarde, e invariablemente llueve una vez cada veinticuatro horas. Esta gran humedad, calidez y estimulante luz eléctrica, quizás, es la responsable de la vegetación exuberante, mientras que el aire altamente cargado de electricidad y la regularidad de las condiciones climáticas pueden tener mucho que ver con el crecimiento gigante y la longevidad de toda la vida animal.

En algunos lugares los valles llanos se extienden lejanos por muchas kilómetros en cada dirección. “El Dios Humeante”, en su luz blanca y clara, mira serenamente hacia abajo.

²⁰ " por otra parte, había una gran cantidad de elefantes en la isla: y había alimentos para los animales de cada clase. También cualesquiera cosas fragantes que hay en la tierra, si las raíces o el herbaje, o las maderas, o las gotas de destilación de flores o de frutas, crecieron y prosperaron en esa tierra. “- El Cratyluo de Platón

Estábamos embriagados por el aire eléctricamente sobrecargado que soplaba en la mejilla tan suavemente como un efímero susurro. La naturaleza recitaba un arrullo en los murmullos tenues de los vientos cuya respiración era dulce con la fragancia de los brotes en flor.

Después de pasar mucho más de un año visitando varias de las muchas ciudades de “dentro” del mundo e inmiscuirnos mucho en el país, y de pasar más de dos años desde el momento en que la gran nave de excursión en el río nos había tomado, decidimos probar fortuna una vez más en el mar, y nos empecinamos en volver a la superficie del “exterior” de la tierra.

Dimos a conocer nuestros deseos, y fueron aunque, de mala gana, prontamente seguidos. Nuestros anfitriones dieron a mi padre, conforme a su petición, varios mapas que mostraban la superficie entera del “interior” de la tierra, sus ciudades, los océanos, los mares, los ríos, los golfos y las bahías. También nos ofrecieron generosamente darnos todas las bolsas de pepitas de oro -- algunos de ellos tan grandes como el huevo de un ganso -- que quisiéramos llevar con nosotros en nuestro pequeño baladro.

A su debido tiempo volvimos a Jehu, en donde pasamos un mes para organizar y reacondicionar nuestro pequeño balandro. Después de que todo estuviera ya preparado, el mismo barco “Naz” que nos descubrió, nos acogió a bordo y navegó hasta la desembocadura del río Hidekel.

Después de que nuestros hermanos gigantes hubieran botado nuestro pequeño balandro para nosotros, estaban cordialmente apesadumbrados por la partida, y mostraron mucha preocupación por nuestra seguridad. Mi padre juró por los dioses Odin y Thor que él volvería seguramente otra vez dentro de un año o de dos y les pagaría con otra visita. Y así nos despedimos. Estábamos preparados e izamos nuestra vela, pero había poca brisa. Éramos encalmados una hora después de que nuestros amigos gigantes nos hubieran dejado y hubieran comenzado su viaje de vuelta.

Los vientos soplaban constantemente hacia sur, es decir, soplaban de la abertura norteña de la tierra hacia lo que nosotros conocíamos como el sur, pero que, según la aguja puntiaguda de nuestra brújula, era directamente del norte.

Por tres días intentamos navegar, y batir contra el viento, pero inútilmente. Con lo cual mi padre dijo: “Hijo mío, volver por la misma ruta por la que entramos es imposible en esta época del año. Me pregunto por qué no pensamos en esto antes. Hemos estado aquí casi dos años y medio; por lo tanto, ésta es la estación en la que el sol está comenzando a brillar dentro en la

abertura meridional de la tierra. La noche fría y larga está extendida en la región de Spitzbergen.”

“¿Qué hacemos?” Pregunté.

“Hay solamente una cosa que podemos hacer,” contestó mi padre, “y es ir al sur.” Por consiguiente, dio una vuelta completa al balandro, acertando de pleno, y comenzó yendo hacia el norte según la brújula pero, de hecho, directamente hacia el sur. El viento era fuerte, y nos parecía haber sido afectados por una corriente que se desplazaba con una rapidez notable en la misma dirección.

En apenas cuarenta días llegamos a Delfi, una ciudad que habíamos visitado en compañía de nuestras guías Julio Galdea y su esposa, cerca de la desembocadura del río Gihon. Aquí paramos dos días, y fuimos acogedoramente entretenidos por la misma gente que nos había dado la bienvenida en nuestra visita anterior. Cargamos algunas provisiones adicionales y ajustamos otra vez la vela, siguiendo a la aguja directos hacia el norte.

En nuestro viaje desde el exterior vinimos a través de un canal estrecho que aparecía ser una masa de agua que separaba dos grandes porciones de tierra. Había una playa hermosa a nuestra derecha, y decidimos hacer un reconocimiento. Lanzamos el ancla, vadeamos en tierra para descansar por un día antes de continuar la empresa peligrosa hacia el exterior. Preparamos un fuego y le lanzamos algunas ramas secas de la madera a la deriva. Mientras que mi padre caminaba a lo largo de la orilla, preparé un tentempié de las provisiones que nos habíamos proporcionado.

Había una luz suave, luminosa que mi padre decía que era el resultado del sol que brillaba dentro de la abertura del sur de la tierra. Aquella noche dormimos profundamente y despertamos a la mañana siguiente tan frescos como si hubiéramos estado en nuestras propias camas en Estocolmo.

Después del desayuno comenzamos un jornada de descubrimientos tierra adentro, y no fue muy lejos que avistamos algunos pájaros que reconocimos inmediatamente como perteneciendo a la familia del pingüino. Son pájaros incapaces de volar, pero excelentes nadadores y enormes de tamaño, con el pecho blanco, alas cortas, cabeza negra, y largos picos. Completamente de pie miden 2,75 metros de alto. Nos miraban con poca sorpresa, y en este momento se contoneaban, más que caminar, hacia el agua, y nadaron lejos en dirección norte.²¹

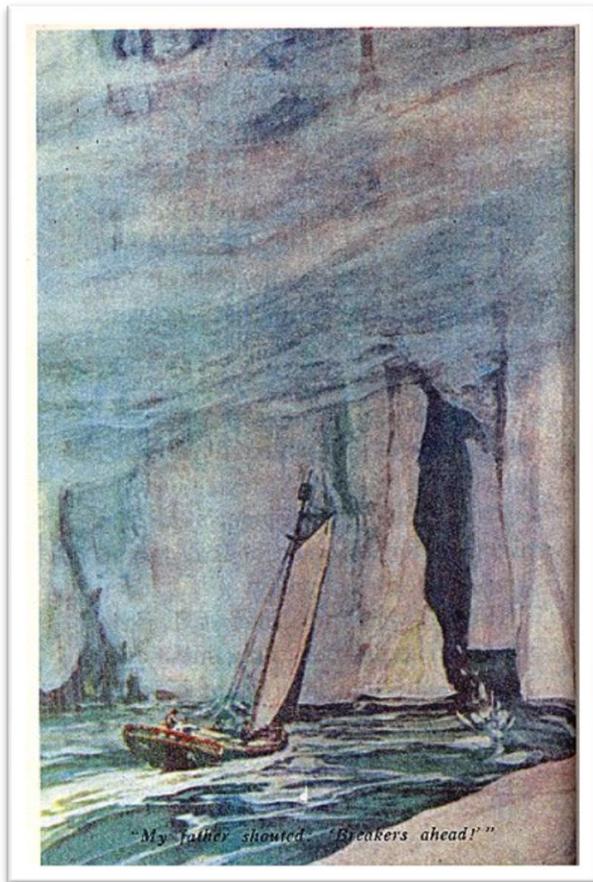
Los acontecimientos que ocurrieron durante los cien o más días siguientes exceden los límites de la descripción. Estábamos en un mar abierto sin hielo. Calculamos que el mes podría ser noviembre o diciembre, y sabíamos que el llamado polo sur estaba girando hacia el sol. Por lo tanto, al pasar hacia fuera y lejos de la luz eléctrica interna “del Dios Humeante” y de su calor cálido, seríamos encontrados por la luz y calidez del sol, brillando a través de la abertura sur de la tierra. No había posibilidad de error.²²

A veces nuestro pequeño balandro, era conducido por un viento continuo y persistente, disparado por las aguas como una flecha. De hecho, si hubiéramos encontrado una roca oculta u obstáculo, nuestro pequeño balandro hubiera quedado troceado para leña.

²¹ " las noches nunca son tan oscuras en los polos como en otras regiones, porque la luna y las estrellas se parecen poseer dos veces más de luz y fulgor. Además, hay una luz continua, las variadas sombras y juegos de luces los cuales están entre los fenómenos más extraños de la naturaleza. "- Astronomía de Rambrosson

²² " el hecho que da a fenómeno del aurora polar su importancia más grande es que la tierra llega a ser auto-luminosa; eso, además de la luz que como un planeta se recibe del organismo central, él demuestra una capacidad de sostener un proceso luminoso propio. "- Humboldt.

Al final éramos conscientes de que la atmósfera se volvía decididamente más fría, y, algunos días más tarde, los icebergs fueron avistados lejos a la izquierda. Mi padre argumentó, y correctamente, que los vientos que inflaron nuestras velas



venían del clima caliente de “dentro.” La época del año era ciertamente la más propicia para hacer nuestra carrera por el mundo “exterior” y procurar deslizarnos con nuestro balandro de pesca a través de los canales abiertos de la zona congelada que rodea las regiones polares.

Pronto nos situamos en medio de los témpanos de hielo, y, no sabemos, cómo nuestro pequeño balandro consiguió atravesar los canales estrechos y escapar de ser aplastados. La brújula se comportó de la misma manera borracha y no

fiable al pasar sobre la curva o el borde meridional de la corteza de la tierra como había hecho en nuestro viaje procedente del exterior, a la entrada norteña. Giró, y se sumergió y parecía estar poseída.²³

Un día estaba yo mirando perezosamente desde el lateral del balandro sobre las aguas claras, y mi padre gritó: “¡Rompientes delante!” Mirando hacia arriba, yo veía través de una niebla que se disipaba un objeto blanco que se elevaba varios cientos de pies de altura, cortando totalmente nuestro avance. Arriamos la vela inmediatamente, pero no a tiempo.

²³Capitán Sabine, en la página 105 de “viajes por las regiones árticas,” dice: “La determinación geográfica de la dirección y de la intensidad de las fuerzas magnéticas en diversos puntos de la superficie de la tierra se ha considerado como objeto digno de investigación especial. Examinar en diversas partes del globo, la declinación, la inclinación y la intensidad de la fuerza magnética, y sus variaciones periódicas y seculares, y relaciones y dependencias mutuas se podían debidamente investigado sólo en observatorios magnéticos fijos.”

En un momento nos encontramos encajados entre dos icebergs monstruosos. Cada uno apretujaba y trituraba contra la otra

montaña de hielo semejante. Eran como dos dioses de guerra que contendían por la supremacía. Nos alarmaron enormemente. De hecho, estábamos entre las líneas de una batalla real; el trueno sonoro del hielo machacado era como las descargas continuas de la artillería. Bloques de hielo más grandes que una casa eran izados, continuamente, a decenas de metros por la fuerza poderosa de la presión lateral; se estremecían y balanceaban hacia adelante y atrás por algunos segundos, después colisionaban con un ensordecedor rugido, y desaparecían en las aguas espumosas. Así, por más de dos horas, la contienda de los gigantes helados continuó.

Parecía que había llegado el fin. La presión del hielo era tremenda, y mientras que nos no cogieran en la parte peligrosa del atascamiento, estaríamos seguros de momento, a pesar de la elevación y desmenuzamiento de toneladas de hielo que caían, salpicando aquí y allí, en las profundidades acuosas nos las cuales llenaron de miedo.

Finalmente, para nuestra gran alegría, la molienda del hielo cesó, y pasadas unas horas la gran masa se dividió lentamente, y, como si un acto de la providencia hubiera sido realizado, justo delante nuestro se encontraba un canal abierto. ¿Debemos aventurarnos con nuestra pequeña embarcación por esta abertura? Si empieza la presión otra vez, nuestro pequeño balandro así como nosotros seríamos pulverizados. Decidíamos aprovechar la ocasión, y, consecuentemente enarbolamos nuestra vela a una brisa favorable, y pronto comenzamos como un caballo de carreras, exponiéndonos en este desconocido y estrecho canal de mar abierto.

PARTE CINCO:

Entre los témpanos del hielo

En los próximos cuarenta y cinco días empleamos nuestro tiempo en esquivar los icebergs y buscar canales; de hecho, si no hubiéramos sido favorecidos con un viento del sur fuerte y un barco pequeño, dudo de que esta historia nunca hubiera sido entregada al mundo.

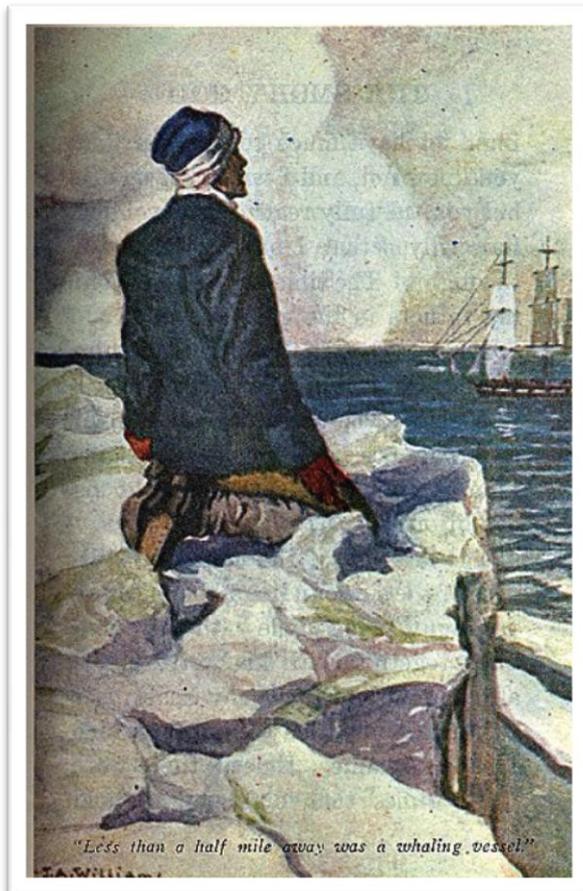
Al fin, llegó una mañana en que mi padre dijo: “Hijo mío, creo que nos acercamos a casa. Casi hemos atravesado el hielo. ¡Mira! el mar abierto se extiende ante nosotros.”

Sin embargo, había algunos icebergs que habían flotado lejos hacia el norte todavía en el mar abierto delante de nosotros en cualquier lado, extendiéndose lejos durante muchos kilómetros. Directamente delante de nosotros, y por el compás, que ahora se había corregido, derecho al norte, había un mar abierto.

“Qué historia más maravillosa tenemos que contar a la gente de Estocolmo,” continuó mi padre, mientras que una mirada de excusable júbilo iluminó su cara honesta. “Y pensaba en las pepitas del oro almacenadas en la bodega”

Dirigí palabras de elogio a mi padre, no solo por su fortaleza de ánimo y resistencia, sino también para su atrevido valor como descubridor, y por haber hecho el viaje que ahora prometía un final exitoso. Estaba agradecido, también, ya que él había recolectado la abundancia del oro que llevábamos a casa.

Mientras nos felicitábamos por el considerable acopio de provisiones y de agua que todavía teníamos a mano, y de los peligros que nos habíamos escapado, fuimos sobresaltados por una tremenda explosión, causada por el desgajamiento de una montaña descomunal de hielo. Era un estruendo ensordecedor como el disparo de mil cañones. Navegábamos en ese momento a gran velocidad, y sucedió estando cerca de un iceberg monstruoso que a todos los aspectos era tan inamovible como una isla de rockbound. Parecía, sin embargo, que el iceberg se había partido y se hacía pedazos, con lo cual el equilibrio del monstruo a lo largo del cual navegábamos fue destruido, y



comenzó a sumergirse al lado nuestro. Mi padre anticipó rápidamente el peligro antes de que materializara sus posibilidades tremendas. El iceberg se prolongaba bajo el agua muchas decenas de metros, y, como se ladeó por arriba, la porción que subía del agua sorprendió a nuestro blandito como una palanca en su fulcro, y lo lanzó en el aire como si hubiera sido una pelota de fútbol.

Nuestro barco se separó del iceberg, el cual en ese momento había cambiado el lado más próximo a nosotros por su parte de

arriba. Mi padre todavía estaba en el barco, y se enredó en el aparejo, mientras que yo fui lanzado aproximadamente siete metros afuera.

Rápidamente me levanté y grité a mi padre, que contestó: "Todo está bien." Justo entonces me apercibo de que. ¡Qué horror! La sangre se congela en mis venas. El iceberg todavía esta en movimiento, y su gran peso y fuerza al derribarse lo harían sumergirse temporalmente. Comprendí totalmente que un torbellino sería producido en medio de las diferentes clases de agua de cada lado del iceberg. Seríamos rápidamente arrastrados dentro de la depresión en toda su furia, como los lobos de blancos colmillos impacientes por la presa humana.

En este momento supremo de angustia mental, recuerdo echar un vistazo a nuestro barco, que yacía de lado, y preguntarme si habría la posibilidad de que enderezara, y si mi padre podría escaparse. ¿Era esto el fin de nuestras luchas y aventuras? ¿Era esto la muerte? Todas estas preguntas aparecieron en mi mente en una fracción segundo, y un momento más tarde fui arrastrado a una pugna entre la vida y la muerte. El monolito voluminoso de

hielo se hundió bajo la superficie, y las aguas glaciales borbotaron alrededor mío con frenética cólera. Estaba en una tabla, con el agua chorreando por todos los lados. Un momento después perdí el conocimiento.

Cuando recuperé parcialmente mis sentidos, y me desperté del desvanecimiento como un hombre casi ahogado, me vi, mojado, agarrotado, y casi congelado, tumbado sobre el iceberg. Pero no había rastro de mi padre o de nuestro pequeño balandro de pesca. El iceberg monstruoso se había recuperado, y, con su nuevo equilibrio, había levantado su cabeza unos quince metros sobre las ondas. La cima de esta isla del hielo era una meseta de aproximadamente unos 60 m² de extensión.

Amaba mucho a mi padre, y estaba acongojado por el horror de su muerte. Proteste contra el destino por no haberme sido permitido dormir con él en las profundidades del océano. Finalmente, me incorporé y eche un vistazo a mí alrededor. ¡La bóveda púrpura del cielo encima, el ilimitado océano verde debajo, y algún iceberg ocasional perceptible! Mi corazón se hundió en la desesperación. Escogí cautelosamente mi ruta a través del iceberg hacia el otro lado, esperando que nuestro balandro se hubiera enderezado.

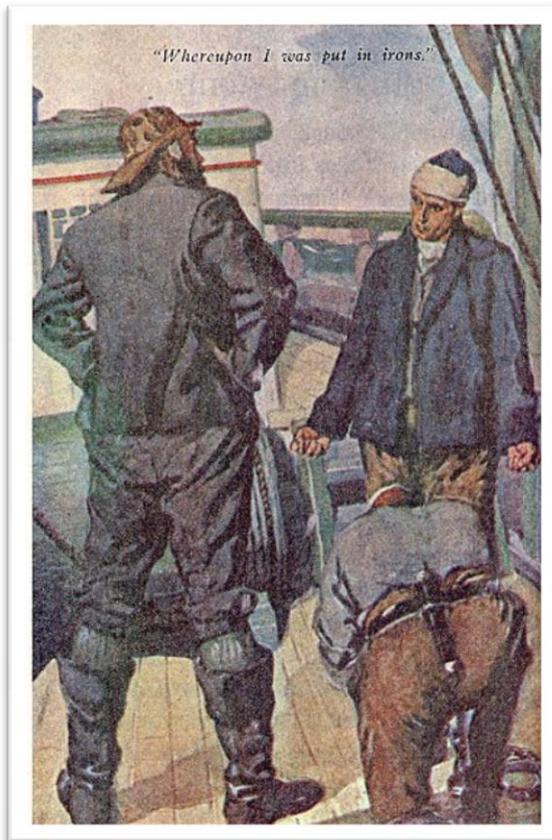
¿Me atreví a pensar que era posible que mi padre estuviese vivo? Era solamente un rayo de esperanza que se inflamó en mi corazón. Pero la anticipación calentó mi sangre en mis venas y la comenzó a apurar como algún estimulante raro a través de cada fibra de mi cuerpo.

Me arrastré cerca del lado abrupto del iceberg, y oteé con fijeza la llanura lejana, esperando, aún esperando. Entonces comencé a dar vueltas en el iceberg, explorando de pie mi ruta, y así de esa forma continué vuelta tras vuelta. Una porción de mi cerebro llegaba a ser ciertamente maniaca, mientras que la otra parte, creo, y lo hago en este día, era perfectamente racional.

Era consciente de haber trazado el circuito una docena de veces, y mientras que una parte de mi inteligencia sabía, con toda la razón, que no había un vestigio de esperanza, con todo una extraña aberración fascinadora me hechizo y me obligó a que todavía me sedujera con la expectativa. La otra parte de mi cerebro parecía decirme mientras, que no había posibilidad de que mi padre continuara vivo, con todo, si paraba de hacer el circuito de peregrinaje, si me detenía brevemente por un solo momento, sería el reconocimiento de la derrota, y si yo hacia esto, me volvería loco. Así, hora tras hora caminé dando vueltas, asustado de tener que parar y descansar, aún físicamente agotado para continuar mucho más tiempo. ¡Oh! ¡Qué horror! naufragar en esta extensión amplia de aguas sin alimento ni bebida, y solamente un iceberg traicionero por morada. Mi corazón zozobró, y toda apariencia de esperanza se descoloraba en la negra desesperación.

Entonces la mano del Dador fue prorrogada, y la calma mortal de la soledad que se volvió rápidamente insoportable fue rota repentinamente por el disparo de una bengala. Miré hacia arriba con asombro y asustado, cuando, vi, a menos de media milla de distancia, un barco ballenero acercándose hacia mí a toda vela.

Mi actividad continuada en el iceberg había atraído evidentemente su atención. Se cercaron, botaron una barca, y descendieron cautelosamente hasta el agua, fui rescatado, y poco después elevado a bordo del ballenero.



Me encontró un barco ballenero escocés, "The Arlington." Ellos habían despejado en Dundee en septiembre, y había salido inmediatamente para el antártico, en busca de ballenas. El capitán, Angus MacPherson, parecía amablemente dispuesto, pero en materia de disciplina, como pronto aprendí, poseía una voluntad de hierro. Cuando intenté decirte que había venido del "interior" de la tierra, del capitán y su segundo se miraron, sacudieron sus cabezas, e insistieron en que me acostara en una litera bajo estricta vigilancia del médico de abordo.

Estaba muy débil para desear alimento, y no había dormido desde hacía muchas horas. Sin embargo, después de unos pocos días de descanso, me levanté una mañana y me vestí sin pedir el permiso del médico o de cualquier otro, y les dije que estaba tan sano como cualquier persona.

El capitán envió por mí y de nuevo me preguntó de dónde había venido, y de cómo llegue a estar solo en un iceberg tan remoto en el océano antártico. Contesté que acababa de venir del "interior" de la tierra, y continué contándole cómo mi padre y yo habíamos entrado por Spitzbergen, y habíamos salido por un país del polo sur, por lo cual me encadenaron. Oí luego al capitán diciéndole a su segundo que estaba más loco que una cabra, y que debía permanecer en confinamiento hasta que estuviera bastante racional para dar una explicación veraz sobre mí.

Finalmente después de muchas suplicas y muchas promesas, me quitaron las cadenas. Y entonces y allí decidí inventar una cierta historia que satisficiera al capitán, y no referirme nunca

más a mi viaje a la tierra “del dios ahumado,” por lo menos hasta que estuviera seguro entre amigos.

Pasada una quincena me permitieron tener una ocupación y tomar mi lugar como uno de los marineros. Un poco más adelante el capitán me pidió una explicación. Le dije que mi experiencia había sido tan horrible que estaba asustado de mi memoria, y le rogué que me permitiera dejar la pregunta sin contestar hasta otro momento en el futuro. “Creo que te estás recuperando considerablemente,” dijo, “pero no estás todavía suficientemente restablecido.” “Permitidme hacer cualquier trabajo que me pueda asignar “conteste, “y si no compensa suficientemente, le pagaré inmediatamente después de que alcancemos Estocolmo, hasta el último penique.” Así, quedo el asunto.

Cuando finalmente alcanzamos Estocolmo, como he relatado ya, encontré que mi buena madre había ido a por su recompensa hacia más de un año. También como dije antes, la traición de un pariente me arrojó a un manicomio, donde permanecí durante veintiocho años -- años aparentemente interminables -- y, aún más adelante, después de mi liberación, cómo volví a la vida de pescador, permaneciendo diligentemente durante veinte-siete años, y después cómo vine a América, y finalmente a Los Ángeles, California. Pero todo esto puede ser de poco interés para el lector. De hecho, en mi opinión el clímax de mis viajes maravillosos y las aventuras extrañas fue alcanzado cuando el ballenero escocés me rescató de un iceberg en el océano antártico.



GLOBO TERRÁQUEO MOSTRANDO UNA SECCIÓN DEL INTERIOR DE LA TIERRA

La Tierra es hueca. Los Polos, buscados durante tanto tiempo.

PARTE SEIS:

Conclusión

Para concluir esta historia de mis aventuras, deseo hacer constar que creo firmemente que la ciencia está todavía en su infancia en lo referente a la cosmología de la tierra. Hay tanto que es inexplicable por el conocimiento aceptado del mundo de hoy, y permanecerá siempre así hasta que la tierra del "Dios Ahumado" sea conocida y reconocida por nuestros geógrafos.

Es la tierra de donde provinieron los grandes troncos del cedro que han sido encontrados por los exploradores en las aguas abiertas lejanas cerca del borde norteño de la corteza de tierra, y también los cuerpos de los mamut cuyos huesos se encuentran en yacimientos extensos en la costa siberiana.

Los exploradores norteños han hecho mucho. Sir John Franklin, De Haven Grinnell, sir John Murray, Kane, Melville, Hall, Nansen, Schwatka, Greely, Peary, Ross, Gerlache, Bernacchi, Andree, Amsden, Amundson y otros. Todos ellos se han esforzado en asaltar la ciudadela congelada del misterio.

Creo firmemente que Andree y sus valerosos compañeros, Strindberg y Fraenckell, que volaron en el globo "Orion" de la costa del noroeste de Spitsbergen en la tarde de domingo del 11 de julio de 1897, ahora están "dentro" del mundo, y han sido acogidos sin duda alguna por la raza gigante de buen corazón, que habita el continente atlántico interno, como nos acogieron a mi padre y a mi.

Considerando que, a mi humilde manera, he dedicado años a estos problemas, estoy bien familiarizado con las definiciones aceptadas de la gravedad, así como la causa de la atracción de la aguja magnética, y estoy preparado para decir que es mi creencia firme que la aguja magnética es influenciada solamente por las corrientes eléctricas que envuelven totalmente la tierra

como un revestimiento, y que estas corrientes eléctricas en un circuito sin fin pasan del final meridional de la abertura cilíndrica de la tierra, difundiendo y separándose sobre toda la superficie del “exterior”, y precipitándose velozmente en su curso hacia el Polo Norte. Y mientras que estas corrientes parecen escapar al espacio en la curva de la tierra o en su final, ellas se precipitan de nuevo a la superficie del “interior” y continúan su camino hacia el sur a lo largo del interior de la corteza de tierra, hacia la abertura del llamado Polo Sur.²⁴

En cuanto a gravedad, nadie sabe qué es, porque no se ha determinado si es la presión atmosférica que hace caer a la manzana, o si a, 250 kilómetros debajo de la superficie de la tierra, que supuestamente es la mitad de distancia de la corteza de la tierra, existe algún potente material magnético que la atrae. Por lo tanto, si la manzana, cuando cae de la rama del árbol, es atraída o empujada hacia abajo al punto más cercano de la resistencia, es desconocido por los estudiantes de la física.

Sir James Ross reclamó haber descubierto el polo magnético aproximadamente a setenta y cuatro grados de latitud. Esto es erróneo - el polo magnético esta exactamente a la mitad de la distancia a través de la corteza de tierra. Así, si la corteza de tierra es de quinientos kilómetros de grueso, que es la distancia que cálculo que puede tener, entonces el polo magnético esta indudablemente a doscientas cincuenta kilómetros debajo de la superficie de la tierra, sin importar donde hagamos la prueba. Y en este punto particular a cuatrocientos kilómetros debajo de la superficie, la gravedad cesa, se neutraliza; y cuando pasamos más allá de ese punto en dirección a la superficie del “interior” de la tierra, una atracción inversa aumenta geoméricamente de intensidad, hasta que los otros cuatrocientos kilómetros de distancia se atraviesan, lo cual nos traerían hacia el “interior” de la tierra.

Así, si un agujero fuera taladrado hacia abajo a través de la corteza de tierra en Londres, París, Nueva York, Chicago, o Los Ángeles, a una distancia de ochocientos kilómetros, conectaría

las dos superficies. Mientras que la inercia y el impulso de un peso que cae desde la superficie del “exterior” la llevarían lejos más allá del centro magnético, con todo, antes de alcanzar la superficie del “interior” de la tierra disminuiría gradualmente su velocidad, después de pasar el punto de la mitad, finalmente se detendría e inmediatamente retrocedería hacia la superficie del “exterior”, y continuaría así fluctuando, como el contrapeso de un péndulo sin cuerda, hasta que finalmente se posaría en el centro magnético, o en ese punto particular exactamente a la mitad de distancia entre la superficie del “exterior” y la del “interior” de la tierra.

La rotación de la tierra en su vertiginoso giro diario en espiral – a una razón mayor de 2600 kilómetros cada hora, o casi cuarenta y cinco kilómetros por segundo – produce un vasto campo electromagnético, una máquina enorme, un prototipo poderoso de una insignificante dinamo hecha por el hombre, que, en el mejor de los casos, es solamente una imitación débil de la original en la naturaleza.

²⁴ " Sr. Lemstrom concluyó que una descarga eléctrica que se podía ver solamente por medio del espectroscopio ocurría en toda la superficie de la tierra y a su alrededor, y que desde una cierta distancia aparecería como una proyección débil de la Aurora Boreal, el fenómeno de la luz pálida y resplandeciente que es vista algunas veces sobre las cimas de las montañas de Spitzbergen. " -- *El manual ártico*, página 739.

Los valles de este continente interno de Atlantis, confinando las aguas superiores del profundo norte son en la estación cubiertos con las flores más magníficas y exuberantes. No centenares ni millares, sino millones de hectareas, de los cuales el polen o las germinaciones son transportados lejos a casi todas las direcciones por la rotación en espiral de la tierra y el soplo del viento resultando de ello, que este polen de los vastos prados florales de “dentro” colorea las nieves de las regiones árticas, que tanto han desconcertado a los exploradores del Norte.²⁵

La Chambre, una narración sobre la expedición del globo de Andree, en la página 144, dice: “En la isla de Amsterdam la nieve

se tiñe de rojo durante una distancia considerable, y los eruditos la están recogiendo para examinarla al microscópico. Presenta, de hecho, ciertas particularidades; se piensa que contiene plantas muy pequeñas. Scoreby, el ballenero famoso, había comentado ya esto.”

Incuestionablemente, esta tierra nueva de “dentro” es el hogar, la cuna, de la raza humana, y visto desde la perspectiva de los descubrimientos hechos por nosotros, deberían necesariamente tener una importante influencia en todas las teorías físicas, paleontológicas, arqueológicas, filológicas y mitológicas de la antigüedad.

La misma idea de volver a la tierra del misterio – al mismo comienzo -- al origen del hombre -- se encuentra en tradiciones egipcias de las regiones terrestres anteriores de los dioses, héroes y hombres, de los fragmentos históricos de Manetho, verificados completamente por los registros históricos tomados de las excavaciones más recientes de Pompeii así como en las tradiciones de los indios norteamericanos.

* * *

En este momento pasa una hora de la media noche - el Año Nuevo de 1908 ya llegó, y éste es su tercer día, y por fin he acabado el registro de mis extraños viajes y aventuras las cuales deseo donar al mundo, ya estoy listo, e incluso anhelo el descanso pacífico que estoy seguro que sigue a las vicisitudes de la vida. Soy viejo en años y maduro, ambos con aventuras y aflicciones, con todo rico con los pocos amigos que he consolidado en mis pugnas para llevar una vida justa y honrada. Como una historia que prácticamente ha sido contada, mi vida mengua. El presentimiento, es fuerte en mi interior, de que no viviré para ver la salida de otro sol. Así concluyo mi mensaje.

Olaf Jansen

²⁵ Kane, vol. I, página 44, dice: "Pasamos "los acantilados carmesí" de sir John Ross en la mañana del 5 de agosto. Las manchas de la nieve roja de los cuales derivan su nombre se podrían ver claramente a una distancia de diez millas de la costa."

PARTE SIETE:

Epílogo del autor

Encontré mucha dificultad en descifrar y corregir los manuscritos de Olaf Jansen. Sin embargo, me he tomado la libertad de reconstruir solamente unas pocas expresiones, y al hacerlo no he cambiado de ninguna manera el espíritu o el significado. De cualquier forma, no ha sido añadido ni quitado nada al texto original.

Me es imposible expresar mi opinión en cuanto al valor o la confiabilidad de las declaraciones maravillosas hechas por Olaf Jansen. La descripción aquí dada de las tierras y la gente extrañas visitadas por él, la localización de ciudades, los nombres y las direcciones de los ríos, y la otra información mencionada, se completan de varias maneras con los dibujos toscos dejados en mi custodia por este vikingo anciano, tales dibujos junto con el manuscrito, es mi intención en otro momento, donarlos a la institución Smithsonian (Museo Nacional de los Estados Unidos), para ser preservada en beneficio de todos los interesados en los misterios del "norte más lejano" - el círculo congelado del silencio.

Ciertamente hay muchas cosas en la literatura Védica, en "Josephus," "La Odisea," "La Iliada," "La Historia Antigua de la Civilización China" de Terrien de Lacouperi, en "Los Mitos Astronómicos" de Flammarion, en "El Comienzo de la Historia" de Lenormant, en "La Teogonía" de Hesiodo, en los "Escritos" de Sir John de Maundeville, y en los "Registros del Pasado" de

sayce que, como mínimo están insólitamente en armonía con el increíble texto encontrado en el manuscrito amarillo del viejo vikingo, Olaf Jansen, y ahora revelado por primera vez al mundo.

FIN

Parte ocho:

Epilogo del Editor

En algún momento, antes de 1901, el gobierno francés deseando determinar con más exactitud la medida actual de la tierra, para poder revisar y corregir sus cálculos respecto al sol, se les ocurrió una manera midiendo la diferencia de distancia de separación en la parte superior de dos líneas perpendiculares a la superficie de la tierra y en la base de las mismas.

Querían un par de líneas lo suficientemente largas para proporcionarles una medida apreciable. Obviamente no podían erigir dos postes paralelos de una milla de alto, pero se dieron cuenta que podían suspender dos plomadas a una milla de profundidad dentro de un pozo de mina, y así ser capaces de medir la distancia de separación en su parte superior y la distancia de separación en su parte inferior, la cual podría ser ligeramente menor. Querían conocer exactamente cuan menor.

Los resultados de estas pruebas fueron muy raros. Tan raros que los científicos de la geodesia francesa contactaron con los científicos de la geodesia americana.

Les transmitieron un informe de sus resultados, con la petición que realizaran una prueba similar en su país. Oficialmente, durante varios años no se hizo nada. Pero años después, uno de los peritos geodesicos estaba trabajando en el municipio de las

minas del Tamarack cerca de Calumet, en Michigan. El perito se puso en contacto con el ingeniero jefe en Tamarack, y le informo de los datos transmitidos por el gobierno francés.

Dos pozos de mina fueron seleccionados y cuerdas de plomadas de exactamente 4250 pies de largo fueron suspendidas en cada mina. En el extremo inferior de estas cuerdas fue colgada una plomada de 60 libras. Con el objetivo de prevenir el movimiento de dirección horizontal, cada plomada fue suspendida en un tanque de aceite situado en la parte inferior del pozo. De esa manera, razonaron, que las fuerzas magnéticas no les podrían afectar. Las cuerdas utilizadas fueron cables de piano del nº 24. Durante veinticuatro horas las cuerdas se dejaron colgando, así la posibilidad de movimiento al emplazarlas desaparecería. Se comenzó a medir, y se descubrió que los científicos franceses no habían cometido ningún error. Meticulosamente repitieron el experimento, y contrariamente a lo esperado, las cuerdas estaban más separadas en el extremo inferior que en el extremo superior. Sólo podía haber una explicación de este extraño resultado, el centro de gravedad no es, como ellos creían de antemano, no está situado en el centro de la tierra.

Absolutamente desconcertado, el ingeniero jefe envió el resultado al profesor McNair del Colegio de Minas de Michigan. El experimento fue repetido, y las medidas se repitieron. Ambos estaban convencidos de que no se había cometido errores. McNair sugirió que se cambiaran las plomadas por un material paramagnético para evitar cualquier posibilidad de atracción o repulsión debido a cualquier objeto o cuerpo cercano. Una vez realizado se obtuvieron los mismos resultados. Si las influencias magnéticas le hubieran afectado, los resultados hubieran variado con el nuevo metal. Pero no fue así.

McNair sugirió que sería una buena idea prevenir las corrientes de aire que atraviesan el pozo en sentido vertical afectando a las plomadas. Por lo que, las bocas de los pozos fueron selladas. Pero todo siguió igual.

El profesor McNair, cuando fue puesto en entredicho, publicó que había comprobado que la atracción magnética de la tierra no causaba la extraña desviación. Después él volvió al Colegio de Minas de Michigan y se olvidó de todo.

Una segunda serie de experimentos fueron dirigidos en Calumet. Esta vez fueron utilizados dos pozos de elevación de la mina, en vez de uno, los cuales tenían el número 2 y cinco. Estaban separados 4250 pies el uno del otro, y tenían ambos 4250 pies de profundidad. Fueron conectados en su parte superior por un túnel transversal perfectamente recto. Después las plomadas fueron suspendidas en cada pozo y se procedió a medir.

Esta vez resultó que las cuerdas de las plomadas estaban 8,22 pulgadas más separadas en la parte superior que en la inferior. No le llevo mucho tiempo al ingeniero de Tamarack que esta figura representa exactamente la desviación necesaria para completar una circunferencia esférica de 360 grados. Tan sólo había una dificultad, tal como manifestaban las plomadas, ¿era la circunferencia interior de una esfera, no la exterior!

Más aún, el centro de gravedad, manifestado por los ángulos formados por las cuerdas de las plomadas, estaba aproximadamente a 4000 millas en el espacio exterior.

Obviamente esto podría no ser cierto, pues si los chinos realizaran cálculos similares en un par de pozos similares en su país, en la cara opuesta del globo, el centro de gravedad sería encontrado a 4000 millas en la dirección contraria.

La Tierra es una esfera (con pocas irregularidades). Nosotros vivimos en su parte exterior. La Luna gira alrededor de la Tierra, ésta gira alrededor del Sol. Ciertas fuerzas las mantienen en órbita y sus interacciones entre ellas. Se dice que la gravitación es esa fuerza. Se dice que la órbita de la luna se mantiene porque la atracción de masas de ambos cuerpos es exactamente la fuerza contraria de la fuerza centrífuga. La Tierra es mantenida en su órbita alrededor del Sol por el mismo delicado equilibrio.

¿Tal vez no exista lo que conocemos como “atracción de masas”? ¿o puede que la Tierra sea otra figura, quizás hueca?

